ADYNATON 3

Revista de creación del Círculo de Letras
del Cetys Universidad • Junio 2015

ADYNATON 3

DIRECTORIO

SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Fernando León García
Rector

Dr. Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico

Dr. Jorge Rocha Yáñez
Vicerrector de Operación

C. P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dra. Cecilia Osuna Lever
Directora del Colegio
de Ciencias Sociales y Humanidades

Dr. Jorge Ortega Acevedo
Coordinador del Programa Editorial
Coordinador del Círculo de Letras

Lic. Néstor de J. Robles
Coordinador del taller
del Círculo de Letras campus Tijuana
y diseño editorial

Adynaton es una revista del Círculo de Letras
del Sistema CETYS Universidad

CONTENIDO

Presentación 7

Juan Manuel Reyes Manzo
Códigos postales 13
Diagnóstico solar 14
El adiestramiento de los sueños 19
Oración para antes de morir 20
Requerimientos del perdón 21
Vitamina zen 22
Sabor a cielo 24
Un abrazo sin beso en el bosque 25
Dicotomía de la espera 26
Manifiesto sobre optometría 27
From here to the real 28

Carlos Rodríguez Delgadillo
Aproximación de agosto 31

Héctor Sánchez Gómez
Amanecer 39
Explicación 40
Callejón 44
Juguemos jenga 45
Tiempo de detalles 47

Francisco Márquez Cervantes
Vueltas de la vida 51

Adriana Pérez Valdez
Carnívoros 57
Tormenta de arena 59

Jorge Humberto Tapia Molina
Desastre 65
Paquete 68
Giros inesperados 70

Tana Cordelia García Robles
El artista 75
La entrega 79
Réquiem en azul 84

Samantha Pantoja Ortiz
El papalote 107
Pánfilo y el manjar de sueños 114
El cerillo 118
Postreros 123

Andrea Gissel Flores Montejano
Pronto 129
Semillas 133
Tallada en madera 135
Sé dónde vives 136
El biplano 138
Gol 140
Makayla 142

Acerca de los autores 151

PRESENTACIÓN

Consecuente con su periodicidad, aparece el tercer número de *Adynaton,* órgano del Círculo de Letras del Cetys Universidad constituido por jóvenes estudiantes y egresados de esta institución educativa interesados en el cultivo de la palabra literaria. Si bien toda novedad editorial resulta de entrada un hecho festivo, un triunfo de la lucidez sobre la barbarie, lo es más cuando su contenido comporta también una promesa, la de un puñado de autores en proceso que pudieran hallar en la literatura un camino, o mejor todavía, un sentido vital. Así, cada emisión de *Adynaton* ha sido, por lo demás, un llamado a confirmar una vocación para la escritura —la de su índice de nombres— y una apuesta por esas voces que avizoren en la poesía o la prosa narrativa una forma de permanencia en el mundo.

Entre otros grandes detalles, el número 3 de *Adynaton* se diferencia de los anteriores en que tres

de los autores que comparten ahora una muestra de su trabajo creativo radican en una ciudad distinta. Si antes todos eran residentes de Mexicali, vienen a sumarse ya aquí exponentes de Tijuana para ofrecer —bajo el consejo y la orientación del escritor y editor Néstor Robles— un espectro más amplio de los senderos de exploración de un imaginario juvenil, partiendo del supuesto de que cada entorno citadino o dinámica local imprime rasgos muy particulares en la sensibilidad y la figuración. Sin embargo, más allá del límite territorial que implique el lugar de origen de los colaboradores, luego de leer atentamente los contenidos de este *Adynaton* queda claro que la única frontera de la que cabría quizás hablar no es siquiera la que divide a dos países al norte de Baja California sino la que distingue al verso del párrafo, a la introspección del lirismo, a la metáfora de la literalidad, a la fantasía del realismo.

Si hay entonces que evocar alguna variedad para aludir a la suma de singularidades del tercer número de *Adynaton* conviene decir que el lector asistirá a una sinfonía de piezas en la que concurren el lenguaje saleroso, la impronta cinematográfica, el tono coloquial, el deje paródico, la fragmentariedad del poema o del relato, el suspenso, la diseminación gráfica del texto, el inquietante ingenuismo, la regresión, propiedades todas ellas del discurso artístico del mo-

mento que afianzan, de paso, el apremiante carácter renovador de la literatura y de los signos de identidad que la autentifican. Los autores de la *Adynaton* que nos ocupa presentan de este modo ciertos visos que los aproximan a la asunción de la entelequia y la emoción escritas como una inclinación natural y una labor concienzuda que eclipsan por mucho los ilusorios espejitos de la espontaneidad.

Dicho lo anterior, *Adynaton* reitera su compromiso con el oficio de juntar vocablos y construir realidades alternas mediante el cálculo de estructuras verbales no menos hospitalarias que nuestras quimeras y utopías. Porque si Aristóteles consideró que el arte debía imitar la vida, la historia nos ha enseñado que sólo el arte permite, no obstante, trascenderla —o sea, tornarla habitable— a través de la invención, generando espacios de coexistencia afectiva, intelectual o novelesca tan estimulantes o irrebatibles como lo que nos rodea. Una vez más el Círculo de Letras tiende el puente de *Adynaton* para ofrecer al lector un paseo hacia el otro lado, el paraíso de las posibilidades, donde sueño y acción están urdidos de la misma sustancia y nombrar es perpetuar, volver a hacer visible lo pensado.

Dr. Jorge Ortega
Junio de 2015

Juan Manuel Reyes Manzo

CÓDIGOS POSTALES

Escríbeme una carta

Sacar algo de un buzón
o romper un sobre
será como abrirte
y me viene bien sentir que te penetro
que aún a distancia
entro en ti
y me quieres dentro

Vamos
siéntate un momento
y no olvides ponerle timbre
que
aunque seca
esa saliva
me hará pensar en humedad

DIAGNÓSTICO SOLAR

Hoy nos ocupa
hablar sobre luz
sobre cómo los de aquí
vemos su halo
distinto a los de allá
sobre cómo ser de aquí
implica resiliencia
sisifar una bola incandescente
plantar guardia ante lumbre
mirar sus ojos
caminar brasas
llorar chapopote

Hoy nos ocupa
rendir tributo a la fajina
colgar medalla candente
en el cuello de los osados
quienes con sed profesional
diario cantan un tiro a la canícula

sin camisa
suben al ring de los quemados
sacan su lengua en son de burla
derrotando su furia ultravioleta

Hoy también es preciso
referir a don Mercurio
aplaudir con sonrisa metálica
su ajuar indicativo
preguntar
qué siente al ser alfa y omega
cómo logra
ir del cero al cincuenta
así
como si nada

Del amor
y sus formas
también hay que hablar
de piromanía hormonal
como base
de nuestros sistemas endocrinos
de lo efímera que es
la vida de la saliva
de poros y piernas abiertas
lengua tremenda

del reloj de arena mental
que se sublima
al tenor de una caricia

Porque aquí ocurre algo extraordinario
el día y la noche se aparean
gestando un momento solar
la oscuridad claudica
dobla en silencio sus manitas
fletando su color negro
a otros lindes del planeta
vivimos un imperio amarillo
el resto del espectro se subyuga
modulando su alabanza

Aquí la biología estudia una lucha
indaga precisa
la historia del cambio
evolución de humano a superhéroe
de insecto a soldado
planta a muralla
animal a mito

Habrá que pedir a la comunidad científica
que con ropa de faena
venga a visitarnos

que tomen lupa
y sacudan matorrales
porque basta observar a las cachoras
para deducir que algo sucede con la fauna
viven encandiladas
las ciega una chispa perpetua
su jornada es la ruta del trancazo
como si prefirieran la locura
a la invidencia
se estrellan en ladrillos en busca de guarida
presumen en la frente su chichón

A manera de evidencia
no podemos soslayar
un relato de fuga:
aquí
decir que el agua se va
no delata un flagelo oficial
ni eufemismo por escasez de suministro
no
porque resulta
que aquí el agua sí se va
escapa horrorizada
del fantasma del vapor
arrastra su panza líquida
entre mil resumideros

llora
se agüita
pone cara de mártir
frente a jarras y garrafones:
ante la muerte
elige la prisión

A manera de resumen
hoy nos ocupa
narrar la resistencia
la consolidación de una raza nueva
que con sangre caliente
vive iluminada
se planta en medio del desierto
voltea al cielo
y grita

por qué no

EL ADIESTRAMIENTO DE LOS SUEÑOS

para Adriana

Esta noche
más que bosque oscuro
el cielo es cartulina
donde clavo con mi mente
el resplandor de tu sonrisa
y pincho con mi dedo
tu cuerpo de luciérnaga
como si en ello me fuera la vida
como si tu luz guardara
el último aliento de los astros

ORACIÓN PARA ANTES DE MORIR

Te pido Señor
que el grito
que a las puras cinco treinta
pegue mañana el despertador
sea tu voz como chicharra
sea tu aliento
diciendo desde arriba

no te desesperes

retumbando en mis oídos
junto a un ladrido de perros
como diurno decibel

REQUERIMIENTOS DEL PERDÓN

El error
motiva la oportunidad
pone sus rodillas en la línea de salida
sólo aguardando
que suene un disparo
en la pistola del momento

Hay que aprender a decir *lo siento*
discúlpame
o mejor aún
perdóname

Si no
después está cabrón

VITAMINA ZEN

Respira
sin prisa ni culpa

Que la única aduana
entre el cielo y tu vientre
sea el aire que te encuentra
ya dentro
permite que invisible
cumpla su jornada
recorra tu tráquea
use sus dedos para ceñir tus alveolos
y que albergue en tus pulmones
para que una vez hinchados
toquen adrede al corazón

Cierra tus ojos
para el aire

Tu mente es un paraíso
y el resto de tu cuerpo
tierra santa

SABOR A CIELO

Se me atora una mujer de viento
con ojos tan cafés
que parecen azules:
cuando habla
reza nubes

Ay esa canija mujer
no sabe
que el cielo a su lado sabe
azulado sabe

UN ABRAZO SIN BESO EN EL BOSQUE

Aquel abrazo parecía interminable
nuestros cuerpos
unidos como engranes
embonando precisos
con el bosque y su atardecer

Todo iba bien justo antes del beso
y hasta que vimos al ovni
jamás pensé que dos bocas
sucumbieran ante un platillo volador
y que ese bonito picnic
terminara con nosotros corriendo rumbo al auto
viendo cómo una nave se perdía
en lo que siempre creímos
era sólo nuestro cielo

DICOTOMÍA DE LA ESPERA

Flotando segura
dentro de un estanque ovoide
la yema aguarda su momento
esperanzada
ensaya junto a la clara
su futuro estilo de piar

Sabe
que tras la espalda del cascarón
el mundo comienza
¿será con alas
o en sartenes?
se pregunta

MANIFIESTO SOBRE OPTOMETRÍA

Sucede algo con tus ojos
están hinchados
del valor que brindo a la circunferencia
y del color que doy al cielo
que, por cierto,
baja desde arriba
para posarse en ti

FROM HERE TO THE REAL

Habrá que ser samuráis norteños
tomar pluma
papel
lentes y cachucha
para salir a defender la palabra

Que poco importe el ajuar delator

Se trata de estar en pie de guerra
sigilosos
tranquilos
cuando el momento llegue
entonces sí
pum
y vámonos recio

Carlos Rodríguez Delgadillo

APROXIMACIÓN DE AGOSTO

I

Hoy recuerdo agosto y sus púas de fuego
la sal errante en boca de vagabundos
las blancas lenguas de los perros
las miradas calmando la sed de lo vacante

Recuerdo también
el sudor arrojado a revuelo de las faldas
la arcilla reclamando la humedad de los muertos
el camino sacudiendo la molicie de su lomo

Hay un sol dormido en la memoria
vibrante en su mutismo como la vaina de Huayruro

Ahíto donde todo ojo se vuelve ciego
el ramaje ardiente se extiende lacerando la carne

Recuerdo los días de agosto elevando un tallo con
[un pétalo diáfano
que azota con furia los mediodías

Recuerdo la noche
esta calle agitando su telón de polvo
abriendo su boca sin aliento
sin rezo
esperando
aunque sea
la caída de un gargajo

II

Como la cigarra algo mío renuncia a mí
[cada agosto

Impaciente agito las palabras
profiero con enjundia zafiedades
pero la muda sílaba del desierto las devora
y todo en mí es silenciopolvosedyespina

Sucede que hoy no es agosto sino marzo

Mis manos inquietas no son caliza brava
ni mis ojos procuran hoy las sombras
ni todo yo presuroso acudo a habitarlas

Este mes seguro es igual a los otros

La piel del calendario acaba siempre bajo tierra
y tarde o temprano eleva nuevamente sus columnas

Este cacto
por ejemplo
es diez siglos de muerte encarnizada

Dije hoy recuerdo agosto
y mientras
caen las péndolas hojas
y cae su verde trasvasando al jade

Hoy la cigarra unce su vestido de hojarasca
prepara el debut de su estrenado canto

III

Eva duerme desnuda

En convulsiones
despiertan los hilos el perfume huérfano
de sus prendas

En la percha
puntual izadas
vibran sus ropas
como flores moribundas

Sostenidas a la madera de la puerta
cinco lenguas rojas
dictan lo que ella calla

Casi es agosto
lo dice la humedad que anida entre sus muslos
la gota de sudor que baja indecisa por su espalda
y se detiene

duda en cada vértebra
avanza pero duda

Se aproxima agosto
y dentro del florero
nace un jardín de agonía

Héctor Sánchez Gómez

AMANECER

mañana cuando
tus dedos acaricien las primeras horas
y el reloj adelantado te engañe
diga que ya es hora
que el día
su fiesta de casualidades
ha arrancado

cuando el rumor de luz
entre cortinas
de contorno al cuerpo que te contiene

piensa en mí
y en las innumerables palabras
que han querido sin conseguirlo
tornar a tus ojos cafés

EXPLICACIÓN

para Mónica Damaris

Ante la imperiosa necesidad
de explicar el poema

me he sustituido en ti
                sin que lo sepas
he sido tu pausa tu aliento
        su ritmo

en la medida posible
entrado en tu día futuro
ese que todavía no es
pero que se repite

mañana cuando

Y cuando digo
tus dedos largos acaricien las primeras horas

imito la forma en que apachurras el botón del
[despertador
y lo molestas
los despertadores
interruptus del sueño en su punto álgido
inexplicable máquina

y el reloj adelantado te engañe y diga que ya es hora

especulo
creo que juegas con el tiempo
barajas esos cinco minutos
que al despertar ya transcurrieron
y le regalas al día

pero no han transcurrido
especulo que especulas con ese recurso arenoso:
todos elegimos minutos de reserva

Que el día
Su fiesta de casualidades ha arrancado
y lo digo porque la casualidad de ti
inicia con el día que es tuyo
la flor en posición distinta
la forma del viento de tratarla
transfiguras

cuando el rumor de luz
entre cortinas
de contorno al cuerpo que te contiene

y omito describir
la emergencia de tu tez blanca
grieta de luz que te define toda
que da cuenta de tu estructura
desnuda tantas veces soñada
y sin embargo no te toca te mantiene pura
el entresueño te conserva intacta

En este momento del poema
no soy tú
sino yo cerca de ti

Regreso
y en ti otra vez
hago que pienses en mí
esa pequeña trampa

Piensa en mí
y en las innumerables palabras que han querido
sin conseguirlo
tornar a tus ojos cafés

Y sé que no debo sentir
la evocación de ese café
entintado de negro
            justo al centro
            café claro acuoso
y corre riesgos la explicación del poema
justo momento en que paso
al siguiente verso
y ya contaminada la explicación
completa
mejor la interrumpo

Y

CALLEJÓN

Descubrimos
que el mundo
en formas inexplicables
sostiene su urgencia
la distiende indefinidamente

pese a la necesidad
de ser resuelto
cuanto antes

al ritmo de la quietud
                imperceptible
su rotar atómico
        órbita
nos oculta y entrevera
la corrupción cronometrada
el acomodo ideal que guarda
para ajustar sus cuentas

nos muestra sus callejones

JUGUEMOS JENGA

Jugamos jenga
una y otra vez
la torre cae
siempre la misma

que arriesgamos
sosteniéndola
al tiempo que
la privamos
de sus fundamentos

y cuando
eso sí
audaces
nadie entiende ya
lo que es suelo

sucede
instante ingrávido
el amor devorado
por sus caníbales

TIEMPO DE DETALLES

Abundar en el tic tac
su lanza punza
la dilatación de la muerte
patrón de medida
de juego

Imprimir huellas tímidas
en la arena la tarde
que la marea alta
los motivos de la curvatura
—el argento que la explica—
borra con evidencia

El orbe
las convenciones que lo conforman
urgen entremos
a los detalles de la ilusión

Francisco Márquez Cervantes

VUELTAS DE LA VIDA

Ser yo no es fácil. Mi vida ha tenido múltiples, aunque muy interesantes, vueltas. No tuve padre o madre al nacer, pero crecí con muchos hermanos. Estuvimos en un espacio reducido pero esperanzador, todos aguardando ser adoptados. Dicen que duré así pocos días antes de ser llevado a un hogar. La verdad casi no recuerdo esa parte de mi vida.

Crecí rápido, cómodo en mi nueva casa. Tuve dos hermanos grandes con los que jugaba todos los días, y a veces salíamos con sus amigos. No me gustaba mucho jugar afuera. Esos muchachos no eran malos, pero eran propensos a golpearme muy fuerte. Afortunadamente, soy muy duro. Pude dar también algunos golpes de regreso, hasta dejar marca en sus caras, aunque no seguido. Mis hermanos y yo fuimos inseparables por muchos años, pero cuando llegaron a la adolescencia empecé a notarlos distantes.

El mayor había empezado a salir con muchachas y ya no nos prestaba atención al segundo y a

mí. Realmente no nos importó demasiado; nosotros queríamos seguir jugando en la calle como antes y a veces extrañábamos ser más de dos. Cuando se nos acercaban otros muchachos a jugar yo era el blanco de sus insultos. Frecuentemente les gustaba echarme la culpa cuando perdían, incluso estando de su lado.

Un par de años después, el otro igual dejó de jugar conmigo. Pasaron varios meses antes de saber que había entrado a un equipo local y por eso se ausentaba por las tardes. Me dolió saber que jugaba con otras personas cuando ya no lo hacía conmigo. Con el tiempo acepté eso y hasta me sentí feliz por él. Habría ido a uno de sus partidos, pero sabrán, no puedo caminar como la gente y nadie quiso llevarme. Lo sé, es un detalle que tal vez debí aclarar desde el principio. Olvidé mencionarlo.

Pasó más tiempo y el mayor de mis hermanos se casó. La víspera de su celebración volvimos a jugar los tres, como en la adolescencia. Ahí me enteré que el segundo había sido aceptado en un club profesional y hasta recibiría un salario. No fui a su primer juego, pero dicen que fue muy bueno. En casa de mi hermano mayor pude ver muchos más de los que luego protagonizó. Se estaba volviendo una estrella y llegó el día en que nos invitó a una reunión con sus compañeros de equipo. En un momento estábamos ya jugando y al otro me encontraba muy mareado.

No recuerdo bien lo que pasó, pero muchas personas rayaron mi cara. Al parecer fui el alma de la fiesta. A partir de entonces los tres comenzamos a vernos más seguido y volvimos a ser los niños de antes, jugando en el patio de mi hermano el profesional. En una de esos partiditos me enteré que iba a ser tío.

¿Por qué les cuento todo esto? Es muy sencillo. Tal vez sean los años apoderándose de mí, junto a la nostalgia de haber sustituido a mis hermanos con mis sobrinos como compañeros de juego. Sólo les digo que la vida puede dar literalemente muchos golpes, aunque todo mejora si se tiene optimismo. Tómenlo de alguien que lo sabe todo de patadas y puñetazos, o pueden ignorarlo. Total, soy un balón de fútbol. ¿Qué puedo saber yo de la vida?

Adriana Pérez Valdez

CARNÍVOROS

—¡Quieto, voy a matarlo! ¡Alce las manos!

Matar, del latín *mactare,* sacrificar. Los dioses son carnívoros.

—Bueno, ponga las manos en donde quiera, al cabo lo voy a matar.

Mattare, en latín vulgar. En italiano moderno, *matto,* loco.

—Pero, señorita, ¿qué le he hecho yo...? Mire, tome: es el dinero de toda mi quincena, acabo de sacarlo, no es mucho, pero por favor, ¡no me mate!

—No, señor, dinero sí tengo, lo que no tengo es vida.

—¿Qué dice...?

Puede que los dioses no sepan lo que hacen, que seamos dioses inferiores... o desinformados, que los otros matan por diversión. Puede que ellos estén aburridos. O locos.

—Que usted tiene la culpa por cruzarse conmigo un viernes por la noche, con un revólver viejo,

media botella de whisky y un cabrón que se me pudre en los sesos.

—¿La puedo ayudar...?

—Yo sólo quiero matarlo. Entienda: es importante. Los dioses son carnívoros.

—Así tenía que ser: era él o yo.

TORMENTA DE ARENA

I

Contemplaba hipnotizado el árido paisaje desde hacía rato, los polvorientos cerros de todos tamaños eran olas de grava pulverizada a punto de tragarme. Pequeños helechos al borde de la carretera, sahuaros y un animal un poco más grande que un perro común —tal vez un coyote— que corrió a toda velocidad detrás de una pequeña elevación del terreno. Los dormitorios de los soldados permanecían vacíos y llegaba un rumor de las actividades en el exterior. Un leve sopor me había atrapado sin mucho que yo pudiera, o quisiera, hacer en su contra. Aparté la vista de la ventana y me percaté de que un hombre con el brazo derecho en un cabestrillo entraba en la habitación y se recostaba en una de las estrechas camas individuales.

El desierto puede parecer aburrido para aquellos que no saben prestarle atención, pero si vives aquí

lo suficiente, tus sentidos se espabilan. “No hay que fiarse de Él”, dijo el hombre del cabestrillo mientras colocaba una almohada en su espalda. No tenía más de treinta, su piel era bronce y su expresión dura. No supe qué decir ante tal afirmación. Afortunadamente para mí, que no soy bueno con las conversaciones casuales, abandonó su monólogo para ayudar a algunos soldados que entraron apuradamente, ya que, según dijo el hombre del cabestrillo después de que el viento azotara la puerta trasera, se aproximaba una tormenta de arena. Todos en las instalaciones se afanaron para cerrar los accesos al exterior, uno de ellos, de cabello castaño y cuerpo de toro se acercó corriendo a mi ventana al percatarse de que yo estaba pasmado por la repentina actividad general. Su complexión robusta y sus brazos del doble que los míos me intimidaron al principio, sin embargo, su afable tono de voz me tranquilizó cuando me dijo “Lo siento, amigo. No quisiera ver usted cómo queda este lugar si no cerramos puertas y ventanas antes de una tormenta de arena, es un desastre”. Me pareció demasiado amable para ser un soldado, aunque si yo hubiera sido un recluta, tal vez habría sido más rudo conmigo. Traté de ayudar a los hombres, sin embargo, uno se deslizaba hacia donde yo me dirigía un segundo antes, y cuando volteaba hacia otra puerta o ventana, había alguien

ocupándose de ella. Parecían cuerpos dirigidos por la misma mente. No me quedó más que sentarme y sentirme atolondrado. El hombre-toro me asignó una cama, pues la grúa para mi auto seguramente no llegaría a causa de la mala visibilidad que provocaba la arena; además, estaba oscureciendo.

II

Ya había pasado la tormenta de arena y me quedé solo en el dormitorio con el hombre del cabestrillo, quien gracias al cielo estaba demasiado medicado para seguir dándome lecciones sobre el desierto. El hombre-toro y algunos otros soldados salieron a cumplir sus deberes, mientras los demás iban camino al campo de entrenamiento que se encontraba bien adentro del desierto. Me dieron unas mantas y me instalé en la dura cama individual. Una vez que todos se hubieron ido, el hombre del cabestrillo se desperezó, estiró las piernas y me invitó a ver el noticiero de las diez, pero decliné cortésmente alegando cansancio. Al poco rato fui al baño y lo escuché roncar como un tractor. Intenté dormir, sin embargo, pasé en duermevela la mitad de la noche, pensando en qué podría tener el auto y me arrepentí de no haber prestado más atención cuando mi padre intentaba enseñarme. Saqué un pie tras el otro de la cama y me dirigí a la cocina por una bebida, tratando de

no despertar al hombre del cabestrillo. Imposible. El tractor seguía encendido mientras yo vertía jugo de naranja en un vaso de cristal chino, incluso creo que para calmar el dolor del brazo utilizó alguna sustancia confiscada en un operativo antinarcóticos, pues no se inmutó con el ruido que hice al poner hielo en el vaso, ni con mi tropezón en la loseta suelta, ni cuando abrí la puerta para sentarme afuera a contemplar el desierto.

Las dunas ya no se mecían ni poco y algunos autos pasaban por la carretera a intervalos. Al agacharme para dejar el vaso en el piso, vi cómo una nube de polvo se acercaba, ¿una reminiscencia de la tormenta? Distinguí tres figuras acercándose, y por un instante me alarmé, mas recordé que los soldados habían salido y me tranquilicé. No me notaron. La única luz encendida era la pantalla del televisor del hombre del cabestrillo. Cuando entraron por la puerta trasera, el hombre-toro no se percató de que había visto sus cuernos.

Jorge Humberto Tapia Molina

DESASTRE

—¡Dame mi pelota! —dijo Pete. Lágrimas comenzaron a llenar sus ojos a pesar del esfuerzo por hacerse el valiente. Eso era lo que ellos querían: verlo llorar mientras gritaba por su madre en un intento desesperado por recuperar su pelota. Había tres de ellos, Pudge —un adolescente de 13 años con un serio problema de acné—, Steven —de 14, uno de los peores alumnos de la escuela y que cursaba por tercera ocasión quinto grado— y Liam —su líder, y el peor de todos.

Pete sabía que era un caso perdido. Resignado, se limpió algunas lágrimas y se dio la vuelta en un intento por regresar a casa. Pero no alcanzó a dar un paso cuando sintió cómo una mano lo empujaba: cayó fuerte en la grava y se raspó las manos, donde brotó la sangre. Trató de levantarse sólo para que un zapato lo detuviera, enviándolo de nuevo al piso.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Liam. Sus ojos estaban llenos de ira, la sonrisa en sus labios re-

cordaba a la de un psicópata. —Todavía no terminamos contigo —tomó la pelota con ambas manos y la empujó contra el pecho de Pete, quien se quejó del dolor. Por suerte, una mujer de alrededor de 30 años iba pasando, y, justo en ese momento, Pete aprovechó la oportunidad de escapar, corriendo sin rumbo y sin mirar atrás.

Sus piernas se acalambraban, sus pulmones le quemaban al respirar, pero no podía parar, escuchaba a sus perseguidores a unos cuantos metros detrás de él. Delante se podía ver una alcantarilla lo suficientemente grande como para esconderse sin ser visto, y dando un último esfuerzo se metió ahí. Una vez adentro, Pete trataba de controlar su respiración agitada y oía los sonidos de afuera. Minutos después, cuando se aseguró de que hubiera nadie, intentó salir lentamente pero la tierra debajo de él comenzó a estremecerse y se hizo escuchar un fuerte roar, además de gritos humanos pidiendo auxilio. Asustado, se llevó las manos a los oídos y cerró los ojos en un intento por bloquear los terribles sonidos.

Horas pasaron. No se oía nada fuera de la alcantarilla. Poco a poco, Pete salió de su escondite. Una vez que sus pupilas se ajustaron a la repentina luz no podía creer lo que veía: fuego, la ciudad entera consumida en llamas, escombros por todas partes. Corrió a su casa lo más rápido posible, ignorando el do-

lor en su costado, y, al llegar, se sorprendió de ver un cráter donde antes su hogar. Despacio, Pete cayó de rodillas y se llevó las manos al rostro, donde no pudo evitar el llanto: "¿Qué fue lo que pasó?".

PAQUETE

"¿Cuándo llega el paquete?", preguntó Remi al joven a su derecha. La pequeña cicatriz arriba de su labio se movía de manera hipnótica.

"Se suponía que ya debía estar aquí", replicó el muchacho, nervioso, pues si el encargo no llegaba estaba en serios problemas. El silencio del almacén empeoraba la situación. Al —el joven— podía escuchar la respiración agitada de Remi y por el rabillo de su ojo veía cómo mecía las manos en un movimiento de ansiedad.

"Sabes que si no lo tengo en mis manos hoy estarás en peligro, ¿verdad?", le recordó Remi. Se formó un nudo en la garganta de Al, quien poco a poco se llevó la mano a la frente para limpiar su sudor. Tras unos minutos, la puerta de metal que da acceso al almacén se abre, produciendo un fuerte ruido que asusta al joven Al. Un hombre con chamarra de cuero y una caja en sus manos entra, dirigiéndose a Remi.

"¡Al fin!", exclama el hombre de la cicatriz, sonriendo. Manipula con prisa el paquete y lo examina. Suspirando, toma el contenido de la caja: "¡Es el último que necesitaba para completar mi colección", dice victorioso con la edición especial de la muñeca Hello Kitty entre los brazos.

GIROS INESPERADOS

Siendo joven, se casó con una mujer que compartía sus mismos intereses. No era parte del plan. La vida había dado un giro sorpresivo, obligándolo a contraer matrimonio a tan corta edad. Al verse reflejado en el espejo, no podía evitar pensar lo que le estaba sucediendo. Miró a la derecha, encontrándose con su gato Nyx, cuyos ojos verdes lo observaban con curiosidad; su cola negra se mecía de lado a lado.

"Hola muchacho, ¿qué haces despierto tan tarde?", le pregunta Jay mientras lo levanta, llevándolo a sus brazos. Nyx le responde con un maullido, dejándose acariciar. El joven voltea a ver el reloj que está en la pared de la sala: las 3:46 de la madrugada. El sueño lo elude. Sin mayor opción, se dirige al sillón poniendo al felino en sus piernas.

"Cómo te envidio", dice Jay, contemplando a su mascota jugar con una playera. A lo lejos podía escucharse a Hades —un enorme husky con ojos azul eléctrico— comer a deshoras.

“Tú no tienes responsabilidades, sólo comes y duermes”, continuó Jay. Una lágrima corre por su mejilla y deja de acariciar a Nyx para limpiarlo con la palma de su mano. Suspirando, baja al gato de su regazo y camina hacia el estanque, donde un grupo de coloridos peces nadan con entusiasmo. Por el reflejo del vidrio puede ver a Bea —corto de Beatrice— recargada en el marco de la puerta que da a su cuarto: su monito de peluche bajo el brazo –ella amaba ese muñeco– y una mirada adormilada.

“¿Qué haces despierto tan tarde, Jay?”, pregunta Bea. Su voz es apenas un susurro. “Ven a la cama, me siento sola”.

“En un momento”, responde él, dirigiéndose a ella mientras imagina en apenas un instante cómo habría sido su vida de no ser por el hijo que estaban esperando.

Tana Cordelia García Robles

EL ARTISTA

Le dije que tenía veinte años; mentía. Sonreí de lado, una sonrisa medida y practicada. El restaurante era ruidoso. Mi plan era ir a un lugar callado donde pudiera proceder en total comodidad, pero él dijo amar el sushi y me arrastró hasta ese lugar lleno de adolescentes pretenciosos y mujeres con crisis de la mediana edad. Dejé los palillos a un lado del plato cuando acabé mi rollo California y sonreí una vez más; detesto el arroz blanco.

"Así que te gusta el béisbol…" dije, intentando levantar la voz sobre el murmullo del lugar.

"Me encanta," contestó mientras asentía con la cabeza de forma entusiasta y le daba un trago a su soda de uva, "algún día estaré jugando en las ligas mayores. El próximo sábado hay juego, tal vez podrías ir a verme jugar, y podemos ir por malteadas después…"

Me guiñó un ojo. Creo que mi sonrisa no fue tan convincente, porque bajó la vista y bañó lo que que-

daba de su comida en salsa soya. “O podemos hacer algo distinto, si quieres”.

Continuamos con la conversación. Él hablaba de béisbol y de sus proyectos finales para la escuela, yo simplemente lo miraba en silencio, riendo cuando era pertinente y asintiendo de modo cortés mientras intercalaba una que otra sonrisa. Cuando hubo terminado su comida y la plática me había cansado lo suficiente, deslicé mi mano por encima de la mesa hasta llegar a la suya.

“Vamos a algún lugar más callado ¿no?”, le propuse tranquilamente.

Primero me miró con la cabeza inclinada, como si no entendiera lo que estaba diciendo, pero después pareció comprender y esbozó una sonrisa mientras llamaba al camarero: un muchacho con acné y el cuello de la camisa levantado de un lado. Pronto estábamos en la calle. Caminó hacia mi coche pero le advertí que conocía un lugar a donde podíamos ir a tan sólo unos minutos a pie. A decir verdad, no era mi lugar predilecto, pero serviría lo suficiente para lo que necesitaba. Había pasado antes por ahí en alguna ocasión y sabía que a esa hora el parque estaría completamente desierto al cobijo de la noche. Creo que le gustó la idea, porque sonrió una vez más y me tomó de la mano.

Si en ese momento él hubiera sabido que no iba a suceder lo que tenía en mente, las cosas se habrían

desarrollado de manera distinta y mi historia tendría que esperar más tiempo para ser contada. No me malinterpreten. El tipo era de verdad muy bien parecido, aunque su personalidad fuera la de un niñato de diecisiete años. Llevaba la barba de tres días, el cabello más corto de los lados, y una chaqueta de cuero; era tal vez un par de años menor que yo. Aún así, yo tenía otros planes aquella tarde y el punto es que él no tenía la menor idea.

Nos sentamos en una banca, ya adentrados en el parque, junto a un árbol viejo y alto. Él no perdió el tiempo y pronto su brazo rodeaba mis hombros. Acercó su rostro al mío y cerró los ojos, mientras su otra mano tomaba levemente la manga de mi chamarra de mezclilla negra. Acepté el beso que me ofreció —les recuerdo, el chico era bastante apuesto— y también el siguiente, colocando con cuidado mis manos a cada lado de su rostro. Un giro abrupto a la derecha y un sonido seco. Su cuello se quebró.

Me lo quité de encima. Aprecié detenidamente su rostro… Tal vez debería dejarme la barba como él, pues lucía muy bien. Lo arrastré hacia atrás de un arbusto —fuera de la vista en el extraño caso que alguien pasara por ahí— y puse manos a la obra. Tardé menos de cinco minutos en hallar una botella vacía de dos litros en la basura, y aproximadamente treinta en drenar la sangre del cuerpo. Sé que pude haber

durado menos, pero carecía de los medios adecuados; uno hace lo que puede con lo que tiene. Cuando acabé, oculté su cuerpo entre ramas y me limpié la sangre de las manos en su camisa a cuadros.

Eran las ocho y cuarto cuando llegué a casa. Puse la botella junto a otros frascos y recipientes similares. Podría pintar al día siguiente… Como ustedes saben, me gusta dormir temprano.

LA ENTREGA

Logan sacó del horno el pay de queso y lo metió en una pequeña caja de cartón con un lindo corazón rosa dibujado al frente. Era el último del día y la caja terminó en la cima de una pequeña pila donde convivían frambuesa, queso, cereza, limón, e incluso un pay de carne que la señora Doris había encargado para su sobrino —a quién no reconocía como vegetariano. Salió de la cocina y se paseó entre las escasas mesas del local. Podría parecer innecesario, pero Logan siempre platicaba con sus clientes. Sabía todo acerca del divorcio del señor Johnson, y de la abuela histérica de Max, que Caroline prefería el helado de pistache con su pay de manzana, y que Carlos era alérgico a las nueces.

Logan se sentó en la barra con una taza de té de yerbabuena y una rebanada de pay de manzana. Ya era casi hora de cerrar y sólo quedaba el señor Maxwell, terminando su café; americano con crema irlandesa, dos de azúcar.

"¿De regreso a casa, Logan?", dijo el señor Maxwell mientras le pagaba.

"Quisiera, pero aún tengo que hacer unas entregas". Rio Logan, señalando con la cabeza hacia la pila que había movido al frente.

Se despidieron cortésmente y Logan, con una buena propina en la mano, cambió su delantal por un cómodo suéter con motivos florales, y cerró el local. Su reloj de Mickey Mouse marcaba las siete y cuarto cuando subió las cajas de pay al asiento del copiloto de su pequeño vocho amarillo. La calcomanía de los Beatles era nueva, y sonrió mientras arrancaba el auto y salía de la pequeña callejuela donde lo había aparcado.

Condujo hacia las afueras de la ciudad con Abba a todo volumen. El estribillo de "Dancing Queen" sonaba cuando al fin apagó el carro en medio de un lote baldío. Salió del coche tarareando y abrió la cajuela. Dentro de ella, una gran maleta de cuero negro con remaches en rojo le sonrió en la forma particular en la que sonríen los objetos inanimados. En su interior había una interesante variedad de cuchillos, incluyendo un pequeño machete, una Colt, dos pequeñas botellas con agua y aceite respectivamente, un viejo libro de tapa de cuero, artículos religiosos varios y algunas cosas que no sería prudente o conveniente explicar aquí —la pata de un gato puede o

no estar incluida entre esas curiosidades. Tomó lo necesario y cerró la cajuela.

Se acercó al centro del lugar y con la destreza de una mano entrenada dibujó un pentagrama sobre el gastado piso. Arrojó algunos ingredientes a un pequeño plato mientras recitaba palabras antiguas leídas del pesado libro.

"Ego præcipio tibi, ut venias". Dejó caer una sola gota de sangre sobre la mezcla mientras decía aquél último comando, y una luz blanca explotó frente a sus ojos antes de apagarse lentamente.

El pentagrama en el suelo se encendió. El crujido del cemento al resquebrajarse llegó a sus oídos. Del centro del símbolo surgió un humo negro y denso, acompañado de un fuerte olor a azufre. El humo comenzó a tomar forma y pronto se convirtió en la figura de un hombre de mediana edad con un rostro nada amable y un traje Valentino.

"Llegas tarde", dijo el Demonio mientras se sacudía un polvo imaginario de los hombros.

"El señor Maxwell tardó demasiado en terminar su café", respondió tranquilamente sin cualquier dejo de emoción en su voz. "¿Comenzamos?".

El Demonio sacó un cigarrillo del compartimento interior de su chaqueta y lo encendió con la punta de su dedo. Le dio una calada y regresó la mano libre al bolsillo del pantalón perfectamente cortado.

"Dos almas, subiendo". Sacó la mano para chasquear los dedos pero no tuvo oportunidad de completar la acción.

"Cuatro almas", dijo Logan con expresión severa.

"Ese no era el trato", contestó el Demonio, consternado, la mano aún en el aire.

"Considéralo un impuesto por tratar de engañarme la última vez, liberando el alma de Ed Gein. Almas nobles, de esas que atrapas en las letras chicas del contrato, o me voy ahora mismo y tú puedes descifrar cómo salir del pentagrama".

El Demonio frunció el ceño y reacomodó su postura en un intento de lucir intimidante, el cigarrillo aún atrapado entre sus labios. Sus ojos se tornaron negros y un leve brillo rojo reveló la silueta de sus cuernos, pero la fría expresión de Logan fue suficiente para acabar con su convicción. Cualquier demonio sabía mejor que meterse con él. Era un tipo de cuidado. Arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la punta de su zapato, entornó los ojos que habían vuelto a un color natural, y chasqueó los dedos. Del centro del pentagrama, por la grieta principal, emergieron cuatro esferas de luz blanca que pronto ascendieron y se perdieron de vista entre la noche.

"Sin trucos, espero", comentó Logan.

"Puedes revisarlo con tus contactos. Las almas pertenecen a unos inútiles que querían un cien en su

final de Cálculo", aseguró el demonio. "He cumplido mi parte, es tu turno".

Logan asintió y caminó hacia el auto. Regresó con la caja de pay de queso y la empujó hacia el interior del pentagrama. El demonio avanzó y la tomó entre sus manos con una sonrisa honesta.

"¿Podrías hacer uno de frambuesa para el próximo jueves? Y también uno de manzana con canela; es para el cumpleaños de mi hijo", dijo luego de revisar los contenidos.

"Claro, Ash, mismo precio de siempre. Tal vez me sienta de humor y te incluya un helado de vainilla".

"Gracias, Logan. Bueno hacer tratos contigo".

Logan sonrió amablemente y se llevó dos dedos a la frente en un vago símil de un saludo militar. Arrojó un poco de agua al piso, borrando una parte del pentagrama y anulando así su efecto sobre él. En un instante, el Demonio había vuelto a tomar forma de humo y había desaparecido entre las grietas del pavimento. Logan limpió el suelo y se aseguró que ningún rastro de la trampa fuera visible para el ojo común. Sacudió el polvo de sus rodillas, subió al vochito y manejó hacia la noche. Había más entregas por hacer.

RÉQUIEM EN AZUL

¿A dónde irán los mártires cuando el virus se cure a sí mismo?
¿Y a dónde iremos cuando sea demasiado tarde?

"Letterbomb", Green Day

Si nunca han consumido *blue rose*, difícilmente podrán entender cómo me sentía en ese momento. Piensen en un estornudo interrumpido, multipliquen esa sensación por 200, y tal vez comiencen a entender. La verdad merece la pena sentirse como una mierda, porque lo que va antes es simplemente inexplicable… Si el cielo tuviera nombre se llamaría *blue rose*.

Así que ahí estaba, con la espalda desnuda contra el suelo y la delgada tela de los bóxers pegada a mi piel gracias a un sudor frío que me cubría todo el cuerpo como rocío matutino menos la belleza y el aroma a rosas. Mis piernas se sacudían casi imperceptiblemente con los escalofríos, y podía escuchar

el castañeo de mis dientes retumbando en la bóveda de mi cráneo. Alargué la mano y pesqué por el cuello una botella de vodka Dreamer, de las que puedes encontrar a sólo 10 créditos en los expendios del sector E. Terminé lo que quedaba de un solo trago y arrojé el envase de plástico atrás del sillón.

No es exactamente una cura, pero un par de tragos acompañados de una tableta de 800 miligramos de ibuprofeno pueden hacer maravillas. Si tuviera que ir a trabajar, tomaría media botella, 1200 miligramos, y una siesta de veinte minutos sumergido en agua de lavanda para relajar los músculos y quitar el olor a basura y perdición. Pero era sábado, y tenía todo el fin de semana para escuchar música tirado en el piso de la sala, con una mano metida en los pantalones y en la otra una jeringa hipodérmica con *blue rose.* Me levanté penosamente y caminé con lentitud hacia el baño, tomando en el transcurso la otra botella de vodka que había dejado sobre la mesa. Me vi en el espejo y vaya que me veía mal… Mi cabello se pegaba a mi rostro cerca de la frente, los mechones rubios cenizos apuntando en todas direcciones, un rubor cruzaba mi cara resaltando el lunar en la mejilla izquierda, creando una extraña sombra bajo mis hinchados ojos. Salpiqué un poco de agua en mi cara y abrí el botiquín sobre el lavabo. Entre muchos frascos de distintos tamaños y colores, tubos, botellitas

y cajas, encontré con facilidad el recipiente rojo que buscaba. Tomé una pastilla con un largo trago de la botella recién abierta, y regresé a la sala, listo para otra ronda.

Me acerqué al pequeño reproductor de CD, una antigüedad a la que me había hecho aficionado; tenía una colección de discos (así les llamaban) de los grandes clásicos. Pueden llamarme anticuado o pretencioso por escuchar música hecha cincuenta años antes de que fuera aprobada mi fecha de nacimiento en la solicitud de progenie; realmente me tiene sin cuidado. Pronto la estancia se llenó con las primeras notas de "Letterbomb", una canción popular manufacturada por una asociación sonora pre-neodigimúsica-circuito llamada Green Day.

Me tumbé en el sillón. La holo-pantalla en la pared marcaba las diecisiete horas y media. Metí la mano en la pequeña maleta junto a mis pies y mis dedos sintieron el cuero frío del fondo. Si mis cuentas eran correctas, todavía debería haber uno o dos pares de jeringas llenas… pero de nuevo, es fácil perder la noción de las cosas cuando estás en el éxtasis de la droga. Así que mi cálculo era erróneo, y me hallé sin una sola dosis. Me empezaron a temblar las manos sólo de pensarlo. Me levanté rápidamente y abrí el cajón de la mesita junto a la puerta, donde guardaba el número de mi contacto. Buscándolo en-

tre el montón de basura y baratijas, tropecé con uno de esos extraños sobres que habían estado llegando a mi casa desde hacía algunas semanas y que había guardado, pero la verdad no recordaba haberlo guardado. Ante toda lógica, ahí estaba, arriba de la tarjetita electrónica con el número de localización de AJ.

Agarré la tarjeta y el sobre, bajé el volumen a la música, y regresé al sofá.

"Activar Hope", dije en voz alta y la holo-pantalla se encendió con un brillo azul. "Llamar al 052.63.18.1235-F. Desactiva video". Los números se mostraron uno a uno en la superficie, mientras yo daba vuelta al sobre entre mis dedos, repasando el extraño relieve en el papel. ¿Quién, que no sea empleado de gobierno, usa papel todavía? Había abierto los primeros tres que llegaron, uno tras otro, por debajo de mi puerta; los siguientes habían ido directo a la basura.

"Florería, número de registro 19.30, circuito exterior F. ¿En qué puedo ayudarlo?", habló una voz familiar desde las bocinas integradas en las paredes, y, a pesar de saber que la recepción de video estaba apagada, reajusté mi postura.

"Buenas tardes", contesté mirando solemnemente la pantalla. "Tengo un pedido pendiente, número de registro 21-221-5, entrega regular". Era un procedimiento nada fuera de lo común, pero incluso des-

pués de tanto tiempo aún podía sentir el sudor correr por mi espalda como si fuera la primera vez que pedía mi droga.

Hubo un momento de silencio seguido del sonido de teclas y cajones abriéndose. Me temblaban las manos. La voz volvió, me dictó una serie de números, yo le regresé la secuencia apropiada, y con eso dio por terminada la llamada.

La holo-pantalla regresó a la obscuridad, la hora parpadeando en la esquina superior como un recordatorio de lo patético de la situación. Tal vez se pregunten qué rayos eran todos esos números. Hora y coordenadas para la entrega, protocolo estándar del negocio. Según las cifras, debía llegar ahí a las 21 horas… Se hace una media hora de camino desde mi apartamento hasta el sector F, tomando en cuenta lo que puedan tardar en la caseta de paso. Así que tenía bastante tiempo para sintonizar la hora nacional, tomar un baño rápido, y tal vez pasar por unas cuantas botellas más al expendio cerca del punto de recolección. Encendí de nuevo la pantalla; faltaban sólo dos minutos para que empezara.

Sin darme cuenta había abierto el sobre que aún llevaba entre las manos, impreso en un papel amarillento y delgado. En letras redondeadas pero diminutas había un raro mensaje; no me dio tiempo de leerlo porque las bocinas comenzaron a vibrar con el

himno de New Opportunity. Dejé el papel en la mesita junto al sofá, me puse de pie y mi voz se unió a la de miles de personas que al mismo tiempo entonaban las estrofas, saludando a la bandera gris que ondeaba al otro lado del monitor.

"*Praeteritum est terra nostra*", repetí al terminar las últimas notas y, cuando el rostro familiar de nuestro representante apareció, tomé asiento de nuevo.

Las noticias de ese día no fueron realmente importantes y no voy a aburrirlos narrando cada detalle por la simple razón de que no me da la gana hacerlo, y honestamente no me acuerdo muy bien. Siempre era lo mismo; de cualquier forma interminables cadenas de números demostrando la efectividad del sistema y la felicidad de la que todos disfrutábamos, seguido por la lista de solicitudes de progenie aceptadas esa semana, y claro, la parte favorita de todos por abajo del sector E —ya se lo imaginarán, yo soy uno de esos: las inspiradoras historias de habitantes del sector F, o del H, que lograban salir y hacerse un lugar entre los ricos… el mismo cuento. El segmento final había sido añadido tres o cuatro meses antes de ese día, y en él aparecía un presentador especial que nos recordaba lo bien que vivíamos todos, y de los peligros de escuchar a las voces en contra del gobierno de nuestra amada New Opportunity. En la pantalla aparecieron los rostros que tapizaban las bardas

de los sectores inferiores, los llamados traidores a la nación, un grupo terrorista sin nombre que prometía acabar con nuestra paz. Basura sensacionalista.

A mitad del comunicado dejé de escuchar completamente y regresé mi atención al papel sobre la mesa. Lo primero que noté fue que llevaba la fecha de ese día; sentí mi corazón dar un vuelco. El resto del mensaje no era más tranquilizador.

> *Tus cuentas no fueron incorrectas. ¿Quieres recuperar las rosas que perdiste? Sector F, bajo el puente de servicio industrial. 20 horas. Sé puntual.*
>
> *J.*

Tamborileé sobre el papel mientras intentaba poner en orden mis ideas. Traté de recordar los eventos de esa mañana, ¿Había alguien entrado al apartamento mientras yo… me encargaba de mis asuntos? La alarma no se había activado, las ventanas estaban cerradas y la bolsa con las jeringas había estado junto a mí todo el tiempo… ¿no? No me miren así, no es mi culpa no poder acordarme de las cosas que pasan cuando tengo rosas en la sangre. El punto es que los mismos (¿mismas?) que habían dejado las cartas bajo mi puerta se habían llevado mi droga, y recuperarlas significaría un par de dosis extras a las que tenía que recoger de cualquier modo. Y recuperar mi dignidad y orgullo, y todo eso también, claro.

Tal vez estén diciendo ahora ustedes: "Vamos, no pudiste haber aceptado esa perturbadora situación tan fácilmente" y tendría mucho sentido que pensaran así, pero están pasando por alto un gran detalle: estaba con resaca, cansado, y con las secuelas de la droga, y nada me podía importar menos en ese momento. Así que me levanté del sillón, subí el volumen de la música en mi camino hacia la ducha, y dejé que el agua se llevara con ella un poco de mi confusión.

Veinte minutos más tarde salía por la puerta delantera del edificio inestable donde vivía; de haber sabido que era la última vez que cruzaría ese umbral, probablemente me habría puesto un suéter menos feo. Subí a mi pequeño coche de segunda mano, una baratija que funcionaba con energía solar, y avancé hacia la caseta que separa el sector E del F. Como siempre, había bastante fila para cruzar, y fueron otros veinte minutos de espera hasta que llegué al frente.

"Identidad", me preguntó el oficial de aspecto cruel sin voltear a verme.

"Número de registro 999-SN-986.17.08.46/NO/230," contesté rápidamente.

"Confirme su nombre".

"Damián", dije, bajando la voz hacia el final. El hombre giró hacia mí y me examinó con mirada severa.

"Apellido".

"Revocado". Bajé la vista, y sentí la sangre subir a mis mejillas. No importa cuántas veces he respondido a esa pregunta. Siempre es incómodo aceptar que eres un fracaso.

El oficial me miró con lástima.

"Voy a necesitar su comprobante de ilegitimidad, por favor".

Asentí con la cabeza y abrí el pequeño compartimento frente al asiento del pasajero. Entre transistores de repuesto para el auto, credenciales del trabajo y otras cosas, encontré la pequeña tableta de documentación y se la entregué al hombre. Pasó una tarjeta que llevaba al cuello por el escáner y en la pantalla apareció mi foto y la información pertinente sobre mi situación legal. Podía sentir mi rostro caldeado por la vergüenza. El oficial me devolvió la tableta, me dirigió una sonrisa condescendiente y me dejó continuar.

Sí, soy uno de esos fracasados sin apellido, ¿de acuerdo? Mis exámenes neonatales eran favorables y fui asignado a los Baleyz, una pareja joven de clase media alta a la que le habían aceptado su solicitud de progenie. Todo de acuerdo a los protocolos de natalidad establecidos, me dieron su apellido y el título de hijo. Las predicciones decían que tendría un futuro brillante, sería el orgullo de mi padre y la adoración

de mi madre. Estábamos seguros que los resultados de mi examen de aptitud me garantizarían la aceptación en las mejores universidades, donde seguiría sus pasos. Pero ya saben: *shit happens.* Para evitar una larga —y patética— historia, el resultado de mi prueba de ingreso me mandó al área de mantenimiento, mis padres demandaron al estado por haberles dado un hijo que no estaba a su nivel, y me revocaron el apellido y el parentesco con la familia Baleyz. Tenía quince años, y tuve que ir a una de esas horribles casas de asistencia en el sector H. Unos meses después me enteré que volvieron a llenar una solicitud, pero no se las aceptaron. Me dio tanto gusto escuchar la noticia que esa misma noche salí a celebrar y me tomé mi primera botella de vodka. ¿Una historia feliz, no?

Un par de minutos después me encontraba conduciendo a través del sector F. El tráfico era ligero por sobre la superficie, donde los autos levitaban a no mucha altura. Mientras más te alejas del sector A, menos tráfico aéreo hay, y por supuesto aumenta el terrestre; hasta que llegas al sector H... ahí casi nunca hay tráfico de ningún tipo, excepto peatonal quizá. La razón es bastante simple: la gente del sector H no tiene créditos suficientes para comprar un auto.

La noche caía como una cortina y las calles oscuras empezaban a cobrar vida con el transitar de al-

mas en pena que buscaban entre las sombras o en el fondo de una botella algún rastro de cordura. Supongo que yo era una de esas almas también, buscando la redención en el émbolo de una jeringa.

~

La zona industrial se encuentra casi al límite Este con el sector G. Estacioné mi auto bajo el puente que lleva a la caseta, más pequeña que la anterior, y permanecí adentro. Intenté mirar alrededor, pero la oscuridad era espesa. Recuerdo haber pensado qué rayos estaba haciendo ahí. ¿Realmente valía la pena eso por un par de dosis extras? Si tan sólo hubiera sabido en ese momento que no recuperaría mis rosas, me habría largado por una botella de vodka antes de mi cita con AJ. En lugar de eso, bajé del carro y dejé el motor corriendo.

Di un par de pasos inseguros al frente y miré mi reloj de muñeca; era casi la hora y no había señales de las personas que me habían pedido que viniera. Llegué a pensar que era sólo una broma de muy mal gusto mientras esperaba en el frío nocturno. Pasados diez minutos me di la vuelta para regresar a mi auto y sentí un calor sordo extenderse desde el centro de mi frente.

Todo se volvió negro.

~

Desperté con un terrible dolor de cabeza tan terrible que no pude siquiera pensar en alguna comparación ingeniosa. El aire olía a encierro y a… palomitas de maíz con mucha mantequilla. Recuerdo perfectamente ese olor y no podía estar equivocado porque luego de un segundo una palomita me pegó de lleno entre los ojos, forzándome a abrirlos.

Me hallé en lo que parecía ser un bodegón con ventanas en la parte superior desde las que se filtraba la negrura de la noche, la estancia iluminada por un par de lámparas que colgaban de gruesos cables desde el techo de aluminio. Otra palomita me pegó en la mejilla izquierda, seguida de una risilla.

"Pensé que nunca ibas a despertar, Damián", dijo la figura sentada del otro lado mientras me arrojaba otra palomita. Llevaba una chaqueta marrón abultada y el cabello negro desordenado a la altura de las orejas; imposible determinar si se trataba de un hombre o una mujer; posiblemente ninguno. Tras ella, un par de sujetos me observaban con una sonrisa dibujada en los labios.

La figura se levantó y caminó hacia mí, ofreciéndome su mano y ayudándome a ponerme en pie una vez más. No era más alta que yo.

"Disculpa la manera tan grosera en la que fuiste recibido, es una cuestión de seguridad. Mi nombre es

Jo, esos dos de atrás son Cameron y Dale". Los miré y me regalaron otra sonrisa, uno de ellos sólo asintió en mi dirección. "Gracias por atender al llamado. Pensamos que tal vez no llegarías, y eso hubiera sido malo para todos".

"¿Qué?".

"Literalmente acabo de presentarnos", contestó, y luego se dirigió al sujeto alto. "Cameron, ¿qué tan fuerte le pegaste?".

"Sí, lo escuché… y sé quiénes son", dije con menos confianza en la voz de la que hubiera querido. Miré alrededor, nervioso y con un leve temblor en la mano izquierda. "Sólo dame mis drogas y déjame ir. Olvidaremos que todo esto pasó y nadie debe enterarse de nada".

Jo me observó con algo similar a la lástima, sus ojos recorriéndome con casual detenimiento. Me dirigió una sonrisa, la clase de sonrisa que le concedes a un niño cuando te responde que dos más dos es igual a siete.

"Damián, creo que es bastante obvio que no vas a salir de aquí con tu ramo de rosas bajo el brazo. Incluso creo que me tendrías que agradecer que te hayamos despojado de ellas. ¿Acaso tienes idea de lo que te inyectas todos los días?".

"El cielo", dije casi en un susurro, temeroso en levantar la voz. Los ojos de Jo se encendieron al escucharme.

"¿El cielo?". Volteó a ver a Cameron y Dale, indignado. "Esa porquería que tiene idiotizado a medio New Opportunity, que es sólo una pieza más del asqueroso sistema… Dices 'el cielo' y debe ser una jodida broma, amigo, o el *blue rose* ya te hizo más pendejo de lo que...". Jo inhaló profundamente, presionando las yemas de sus dedos contra su sien. Permaneció así unos segundos, y cuando volvió a verme su expresión había regresado a su calma original. Definitivamente debí callarme. "Disculpa mi lenguaje hace un momento, Damián, no fue muy cortés de mi parte. Entenderás que no soy precisamente un entusiasta del *blue rose,* por muchas razones que espero comprendas al finalizar tu trabajo".

"¿Mi trabajo?". Le miré detenidamente, confundido, esperando que todo eso fuera un malentendido. "Soy un conserje", contesté, esperando encontrar un reflejo de mi confusión en los ojos que estaban frente a mí. Lo que hallé fue un peculiar brillo que crecía e iluminaba los rostros, transformándolos de nuevo en una bizarra máscara sonriente, aquél rostro que había visto mil veces en el último segmento de la hora nacional, y mil veces más en bardas alrededor de la ciudad.

"Exactamente".

Lo dijo como si hubiera sido la mayor verdad del mundo.

~

"Damián...". El encargado de Personal miró de nuevo su tableta, buscando el apellido.

"Revocado, señor", añadí, la mirada clavada en la pantalla, mis manos entrelazadas sobre mi regazo, sudando profusamente. El hombre asintió dos veces con la cabeza y tecleó algo en su ordenador. Regresó su vista a mí e intenté sostenerle la mirada lo más que pude.

"Tienes buenas referencias, no te preocupes". Por un momento creí haber sonreído. "Asumo estás consciente de las responsabilidades y de los juramentos de confidencialidad a los que serás sujeto al tratarse de una zona sensible. Tus deberes son muy sencillos: entras, vacías los cestos de basura, limpias los pisos y los cristales de las oficinas. No tocas absolutamente nada además de eso. Las reglas generales del edificio ya las conoces. Dejas tus artículos electrónicos a la entrada. ¿Entiendes?".

Asentí vigorosamente.

"Bienvenido a Legión. Puedes recoger la tarjeta de acceso a la salida".

Estaba emocionado, tanto que intenté estrechar la mano de aquel hombre en el creí ver una sonrisa. El gesto fue rechazado con una expresión de descontento y un dedo señalando la puerta en la que se leía con grandes letras blancas:

HOPE INDUSTRIES

~

Hope Industries es el pan y el agua de cada día. Literalmente. Todos los productos alimenticios en venta son fabricados por subcompañías como Dreamer o Forgiver o Whole Foods, pero todas son parte de la gran H. Todas las marcas de ropa que se distribuyen del sector A al H, todos los automóviles son Hope Industries, todos los utensilios de cocina, y todos los dispositivos electrónicos y nucleares. Incluso el papel sanitario delgado y parduzco con el que se limpia la gente del sector H. Al final, todo es Hope Industries y eso no es un secreto. Después de todo, los fundadores de nuestra amada New Opportunity lo dijeron en su manifiesto cuando las primeras calles se levantaron de entre los escombros de la última guerra: "Si el dinero está en manos de todos, todos lucharán por tener más que el prójimo. Si el dinero está en manos de nadie, no hay lucha que ganar". Así que no hay negocios privados en New Opportunity, con excepción de tipos como AJ que operan fuera de la ley. Todo pertenece al estado, y por tanto nos pertenece a todos. Es una de esas cosas que te vienen repitiendo desde primer grado de elemental.

Podríamos decir que el gobierno de New Opportunity es el cerebro y Hope Industries el cuerpo monstruoso de miles de brazos que se encarga de

implementar los planes. Legión es el brazo que va al gimnasio a levantar pesas y se inyecta esteroides y anabólicos. Y lo digo casi literalmente, dado que es la rama de investigación genética y médica. Si llenas una solicitud de progenie y es aceptada, el hijo que te asignen habrá sido creado en alguno de los laboratorios de la gran L. Todo esto es también de conocimiento público.

Llevo toda mi vida escuchando esta historia, conozco todos los estatutos y leyes que han sido grabadas en mis retinas con fuego, llevo marcado en la piel el himno a New Opportunity. Todo lo que hace el gobierno de New Opportunity, todo lo que hace Hope Industries, lo hacen por nuestro bienestar. Los padres fundadores son también mis padres.

~

El plan era bastante sencillo. Aún no entiendo cómo pudo haber salido tan mal. No creo que sea necesario decirles que nunca llegué a esa reunión con AJ.

Las instrucciones de Jo eran claras. Entrar a la subagencia farmacéutica Legión durante mi turno nocturno de limpieza, todo como siempre, sólo que ahora mis tareas no se limitarían a vaciar los botes de basura.

"Entras a la oficina. Levantas el cesto. Sacas la bolsa. La bolsa se voltea. Te agachas a recoger los pa-

peles y virutas de lápiz. Colocas el dispositivo explosivo bajo el escritorio. Pones una bolsa nueva. Repites en el siguiente cubículo. Sales de la oficina".

Ahora que lo pienso, tiene bastante sentido que todo se haya ido al carajo de esta manera. ¿Trabajar con terroristas? Definitivamente no fue buena idea. Pero en mi defensa no hay mucho que elegir cuando te arrojan contra una esquina, entierran una jeringa azul en tu vena —Jo se alejó a comer palomitas mientras esto sucedía— y te hacen aceptar cuando estás al borde del éxtasis montado en un pétalo de rosa. Además, Jo y sus chicos tenían armas y yo tenía una servilleta usada en mi bolsillo izquierdo. Realmente no había muchas opciones.

Debo admitir que el discurso que Jo utilizó para intentar convencerme —antes de optar por la fuerza— fue bastante bueno, cargado de bellas metáforas y analogías, con un fuerte mensaje de liberación política y un trasfondo emotivo que hubiera hecho entrar en acción a cualquiera que lo escuchara hablar por diez minutos. Jo era muy bueno con las palabras, un gran orador. Si no fuera porque me importa un bledo la política y todas esas cosas, probablemente hubiera dicho que sí al instante sin estar drogado. Pero las cosas son como son, y por mucho que me guste la música antigua de Green Day y Mumford and Sons no tengo intención de entender el trasfon-

do sociopolítico-cultural de la era, menos escuchar a Jo hablar de volver a los modelos ideales de las épocas clásicas y de la eliminación total de mi estupefaciente favorito.

Así que hice lo que me pidieron sin poner mucha atención al porqué. Entré a la oficina. Levanté el cesto. Saqué la bolsa. La bolsa se volteó. Me agaché a recoger los papeles y virutas de lápiz. Coloqué el dispositivo explosivo bajo el escritorio. Puse una bolsa nueva. "Enjuague y repita cuantas veces sea necesario".

Tal vez si hubiera sólo hecho eso y me hubiera largado mi situación sería distinta y probablemente no estaría contando esto; pero la vida no funciona así, ¿verdad?

Llegué a la última oficina de esa ala —la que me correspondía limpiar y hacer volar en pedazos—: levanté el cesto, saqué la bolsa, la bolsa se volteó, me agaché a recoger los papeles y virutas de lápiz… y, entre las hojas arrugadas y una bolsa vacía de comprimido de papa frita, había una jeringa azul, llena, como si a alguien se le hubiera caído entre la basura esperando que yo llegara y la tomara y me elevara hasta el techo sentado en la cómoda silla frente al escritorio. Por un momento pensé hacer precisamente eso, pero cayó en mí una extraña inquietud, porque no había razón de encontrar una jeringa con *blue rose* en medio de un laboratorio gubernamental de alto nivel. ¿Cierto?

Por primera vez, desde que tenía quince años, mi espíritu de curiosidad estaba despierto, de modo que me tomé unos minutos para no pensar en las consecuencias de mis actos y husmear por los cajones y archiveros de la oficina, aguardando quizás encontrar un par de dosis más para encerrarme en el baño y olvidarme de Jo y el mundo con una sonrisa en los labios y una liga en el brazo.

No encontré más "rosas", pero sí un montón de documentos que indicaban dónde conseguirla —el número e información de AJ entre ellos— y muchas otras cosas que en absoluto nunca había leído en los libros de texto ni en los manuales de operación que nos entregan en Legión. Es comprensible. No creo que sea interés del gobierno de New Opportunity que la gente se entere que la droga más popular e ilegal que está mermando a la población de los sectores inferiores se fabrica en un laboratorio hijo de Hope Industries. No es la mejor publicidad. Aun así, qué iba a hacer la gente, ¿dejar de comprar sus productos, dejar de consumir *blue rose*...?

No soy muy brillante —ya lo habrán notado—, pero justo ahí todo adquirió sentido y pude un segundo ver a través de la cortina.

Probablemente no debí quedarme a leer los expedientes; habría sido más sencillo llevarlos de vuelta a mi casa o a donde me fueran a llevar Jo y los suyos al

salir de ahí. Pero no se me ocurrió. El resto de la historia ya la conocen. Llegaron ustedes, me arrancaron las hojas de las manos y me arrojaron contra el piso, lo cual no fue muy amable, por cierto; unas cuantas patadas en el estómago y un golpe en la cabeza, lo que tampoco fue cortés. Me trajeron aquí, me pusieron estas bonitas cadenas en pies y manos y obligaron a contarles lo sucedido. Creo que hice un buen trabajo al respecto, ¿no creen?

~

Damián terminó de hablar y recibió un puñetazo en la cara.

"En serio, es bastante descortés golpear a la gente", dijo, escupiendo sangre.

"¿Entiendes lo que acabas de hacer? ¿Sabes cuántos pueden morir por culpa tuya?", espetó el hombre vestido de negro mientras volvía estrellar su puño contra él.

"¿Cincuenta? ¿Cien?".

"¿Crees que eres gracioso, cabrón?".

Damián volteó a ver el reloj situado sobre la puerta. No era gracioso. Nunca nada volvería a serlo.

Eran las diez con veinte cuando el edificio estalló en llamas y los últimos pétalos azules incendiaron la noche.

Samantha Pantoja Ortiz

EL PAPALOTE

El sol abraza su pequeño cuerpo mientras juega con la arena. Sus padres comen coco con chile y disfrutan de la brisa salada en una de las sombrillas cercanas. El pequeño está buscando un concha grande para vaciar agua en foso de su castillo. Siempre se olvida llevar su juego de palas y cubetas a la playa. Por eso continúa gateando y desenterrando conchas para ver si cumplen con su requisito.

El viento le acerca un vaso de *foam* con restos de nieve que él toma alegre y corre a la playa a llenarlo de agua. No puede dejar de reír porque ya casi termina su construcción y las olas lo persiguen. Adora correr detrás cada una y lograr escapar cuando ellas regresan. Corre mientras voltea a ver a sus persecutoras y tropieza con un perrito al que hace chillar.

—¡Olas malas! —grita en dirección del mar mientras calma al que ahora sabe es sólo un cachorro que todavía gimotea. Se da cuenta que su cubeta improvisada está casi vacía y le pregunta al perrito: "¿Y tú

mamá?". El perro baja la cabeza, volviendo a gimotear. "No te preocupes, me llamo Guille y yo te voy a cuidar", le dice el niño, dándole unas palmaditas en cabeza. Y corre a rellenar su improvisada cubeta.

Al retornar con su nuevo amigo, ve que éste se aleja hacia una de las carretas de comida y de juguetes; va tras él luego de dejar el agua y el vaso en el foso. El puesto le parece una supertienda, con toda clase de chucherías, bloqueadores, curitas y hasta ropa, además de juguetes. Un papalote rojo con un dibujo de un ave atrae su atención. Se acerca para apreciarlo mejor y su pequeño amigo se arrima a él, lamiendo sus pies.

Un señor regordete con el cabello más oscuro que su papá aparece de un lado del puesto con un papalote idéntico al que le gustó y se lo ofrece: "Te lo regalo… anda, ve y disfrútalo". El pequeño, primero dudoso, no decide si regresar con sus papás o recibir el cometa, pero se da cuenta que el cachorro está feliz y decide tomar el regalo del vendedor.

—¡Ven amigo! —le dice al cachorro mientras golpea con la mano abierta su pierna y con la otra eleva el papalote. —¡Serás mi amigo Cocho! —ríe y corre hacia la sombrilla donde descansan sus papás para presumirles a su nuevo amigo y su nuevo cometa.

A medida que se acerca a ellos, los escucha implorando su nombre: "¡Guille! ¡Guillermo...!". Escon-

de el papalote en su espalda. Le pide a Cocho que lo espere en el castillo mientras él va con sus padres, mas el perro lo acompaña. Al llegar, su papá le da una palmadita de alivio en el hombro, pero su mamá se suelta llorando y quiere regañar a su hijo. Lo estrecha entre sus brazos:

—¿Dónde estabas Guille? Te estuvimos buscando por toda la playa porque te alejaste de tu castillo de arena.

—Nos tenías muy preocupados. No lo vuelvas a hacer —agrega su padre, mientras acaricia a Cocho.

—Fui al puesto que está ahí en la playa —contesta el chico, y señala en dirección a la carreta.

—No hay nada ahí, hijo. ¿Estás bien?

—Sí mami… y les tengo dos sorpresas —y llama a Cocho. Tengo un nuevo amigo... ¿Puede vivir con nosotros?

—No creo que sea posible hijo. Ignoramos si tiene dueño o si está vacunado —responde su papá con un aire de seriedad.

—Pero papá, quiere estar conmigo —Guille se entristece y su mamá interrumpe: "¿Cuál es la otra sorpresa?". El niño muestra el cometa rojo a sus papás con una sonrisa contagiosa.

—¡Está precioso Guille! ¿Quién te lo dio?

—Me lo dio el vendedor del puesto al que fui. ¿Puedo ir a jugar? —los padres se voltean a ver, intercambian alguna idea entre miradas y contestan:

—Cuidaremos tu papalote, iremos a hablar con el señor para pagárselo.

—Nada en la vida es gratis Guille, pero te dejaremos quedarte con tu perrito.

Su mamá le permite regresar a la playa, aparentando estar alegre, mas en su mente reflexiona que debe de cuidar mejor de su hijo de los supuestos vendedores. Discute con su marido sobre el incidente y él accede ir en busca de la carreta y, en su caso, adquirir el papalote, mientras que ella promete vigilar al cachorro para que Guille tenga compañía. Sólo es un niño de seis años.

Guille irradia tanta felicidad que Cocho ladra de gusto. Van brincando hasta llegar a la playa, donde empiezan a jugar a ver quién brinca más olas. Después de aburrirse vuelven al castillo de arena, que ya se ha mojado al subir la marea. Más tarde voltea hacia arriba. El cielo se ha inundado de papalotes de todos los colores y semeja una sombrilla gigante. Comienza a escuchar las risas de los pequeños que corren y tiran del hilo de sus cometas para que se acerquen más al fulgurante sol.

Regresa la mirada donde sus papás y sólo halla a su mamá. Corre hacia allá con el perro y pide que le dejen quedarse con el papalote. Ella contesta que puede ir a jugar mientras que papá va por comida, pero que cuando lo llame de nuevo debe retornar de

inmediato. Él asiente con la cabeza y se lleva el papalote a la playa.

No puede contenerse. Da vueltas con el cometa rojo mientras lo eleva con sus brazos al cielo y, cuando encuentra un espacio disponible en la playa, se prepara para correr contra el viento, que aumenta su fuerza al momento en que Guille avanza dando grandes zancadas. Suelta así el papalote y deshila el carrete para que se eleve.

Luego de dos golpes en el suelo el papalote se eleva velozmente. Su cola se enreda en la cintura de Guille y, antes de que despegue sus pies de la arena, Cocho salta de los brazos del asustado chico, ladrándole al papalote. El niño trata de zafarse pero sólo podría lograrlo soltando al cachorro; prefiere gritarle a su mamá para que lo ayude que soltar a su mejor y único amigo. El papalote se eleva más y más hasta que las personas se transforman en hormiguitas y las sombrillas en piedritas de la arena, los autos en cochecitos y la cinta asfáltica del camino en basura que el mar escupe.

Nadie escucha los gritos. Cocho se ha calmado y lengüetea las lágrimas de Guille: —Desobedecí a papá y esto fue lo que pasó.

Su llanto cesa al ver cómo el agua cambia de color con el sol y las nubes. Es un arcoíris marino que nadie ha notado, así como las ballenas y sus ex-

halaciones de brisa, o los cardúmenes que se mueven en carreteras marinas de arrecife en arrecife, un mundo desconocido. Guille se maravilla con lo que descubre y empieza a distinguir otros papalotes que elevan niños y niñas para compartir ese conocimiento.

Cada uno se eleva a su manera, unos arrullan a sus dueños mientras que otros juegan entre sí a las carreritas. Cocho vuelve a ladrar para llamar su atención y Guille voltea al cielo y ve que los cometas se funden con el sol.

El primer pensamiento que llega a su mente al darse cuenta de su destino es "no quiero quemarme", y trata de alcanzar la vela y romperla para retornar con sus papás. Pero ya está muy lejos.

—Cucho, araña la vela, tenemos que romperla o si no moriremos quemados —Guille levanta a su perro y luego de varios arañazos y mordidas, comienza a sentir que empiezan a caer a la nada. El mar y la arena han desaparecido. A la vista únicamente el sol al que se acercan cada vez más, y el firmamento.

La piel del chico arde. Cocho llora, siente cómo el calor va consumiendo lo que le queda de vida. Cierra los ojos y abraza a su amigo. No puede detener las lágrimas que siguen resbalando por las mejillas al fundirse con el sol.

Guille se despierta de súbito, movido por su mamá. Le limpia la baba de un perro vecino que ha lamido su cara y le dice:

—Ay, hijo, te quedaste dormido. ¡Pero mira, para que juegues te hemos comprado un papalote!

PÁNFILO Y EL MANJAR DE SUEÑOS

Deja el trago a la mitad y dos billetes. Como un alcohol amargo, se levanta del banco con dolor. "Hasta mediodía Pánfilo", le grita el cantinero, mientras él se aleja y levanta su brazo regordete en ademán de despedida. Arrastra los pies hasta la entrada del bar y siente que lo envuelve la oscuridad.

Espera que alguien pase por las lámparas del alumbrado público que solo atraen mosquitos. *Preferiría un hombre de negocios o una maestra. Ellos siempre tienen la mente saturada, digna de mí, al cabo ni se dan cuenta entre tanto embrollo.* Se le hace agua la boca ante el manjar de sueños que puede ocupar.

Por fin pasa un estudiante, jorobado por el peso de los libros en su mochila. Su cara está cansada pero sus ojos mantienen ese brillo de la juventud. Sin dudarlo,

el obeso salta hacia su mochila sin emitir sonido, se comprime hasta tamaño arete y con sutileza escala hacia el oído del chico, jalando su vello corporal.

Recuerda la primera vez que entró en un sueño, cuando tras encontrar a su esposa glotona con un hombre de negocios en su recámara decidió que no debía desperdiciar su vida en personas egoístas, cuando él siempre había dado todo sin esperar siquiera amor a cambio. Se inscribió ese mismo día con los cleptoñadores para palpar el riesgo de entrar a donde no se debe y salir con vida.

Claro que para ocupar los sueños de este chico necesita meterse a su cabeza, a la que sólo puede acceder por dos lugares, la nariz o la oreja. La ventaja de la segunda sobre la primera es la falta de acción de la gravedad que en ocasiones provoca la caída libre y defunción de cleptoñadores que prefieren evitarse empaparse de cerilla. Sin embargo, no era tan mala opción, porque la entrada por la oreja lleva directamente al cerebro.

El chico parece estar podrido en cerilla. Al tocar la piel donde usualmente se cuelgan aretes las jovencitas para impulsarse y subir hasta el oído, tiene una costra de cerilla seca tan grumosa que por un momento piensa en tirar la toalla y buscarse un sujeto más fácil. Vaya que la cerilla apesta, tiene que mantenerse callado y usar su visor nocturno para atravesar el canal "a".

Después de dos horas logra entrar al tímpano, una capa aparentemente impenetrable para el humano pero débil para los cleptoñadores con experiencia. Saca de su bolsillo dos canicas, las frota hasta que se incendian y las pone en contacto con la capa. Siente que algo se acerca al oído pero no se inmuta, sabe que los sujetos siempre se incomodan al momento en que atraviesan el tímpano. Le dicen el filtro de novatos.

Luego del tímpano, tiene que pasar el área de huesecillos. Tal vez se echará una siesta o comerá su almuerzo porque una vez que llegue al caracol la barrera entre el mundo físico y el de Morfeo debe mantenerse alerta. Aunque ha dejado su pasado, tiene problemas con desafiar al dios de los sueños, por eso luego de cumplir su misión y recibir la paga se recluye en el bar, tratando de sumirse en ese líquido que pone a volar la cabeza, quita los pesares y e incluso te vuelve bonachón.

Ha alcanzado el umbral de la mente del estudiante. Puede oír el latir de sus pensamientos, el susurro de sus preocupaciones inundar cada rincón de su cerebro con *debes bajar de peso, estás feo, no sirve ni para pasar un examen, esa chica solo te quiere como amigo, gordo, inútil, mediocre…* Entre esa maraña de oscuridades huele el manjar, el acervo de sueños que lo mantienen caminando y esforzándose por conse-

guirlos. Desde el sueño más suave y sutil hasta el más jugoso y enérgico lo llaman, en la mente de Pánfilo le ruegan volverse suyos, alejarse de esa mente complicada y saciar el vacío que su esposa ha dejado tras la falacia de su matrimonio, su amor hacia él.

Quizá fue el síndrome de abstinencia por su problema de alcoholismo, o un hechizo de Morfeo, que al ver guardados los sueños de aquel chico que ignoraba de la existencia del enigmático mundo de Pánfilo no pudo resistirse y, en lugar de llevar las botellas a la oficina para cobrar por el día, decidió embriagarse con ellas en la mente del joven.

La perdición fue tal que al salir de la cabeza del estudiante escogió la nariz y la fuerza de gravedad hizo su trabajo. Ese día escapó una sonrisa del rostro de Morfeo al ver un cleptoñador más caer en desgracia.

EL CERILLO

El niño voltea a cada lado de la avenida y al ver un puñado de autos que se acercan hacia él sale disparado para la Walmart. Desde que su padre perdió el empleo en la fábrica de Bimbo, dejó de desayunar donitas de azúcar porque los precios para los trabajadores son especiales: cree que los despidos como el de su papá son plan con maña de las grandes compañías, como dice su maestra de español.

Con sólo 8 añitos y después de empapar de lágrimas la camisa del gerente de la tienda, el señor López consiguió laborar como empacador de productos en el área de cajas, aún sin goce de sueldo, porque el viejo le dijo que al ser un chamaco sólo podía ganar de las propinas, y si quería.

El estacionamiento está lleno el día de hoy. Miguelito sonríe al sentir que será un buen día. Muchos autos significan propinas. Aprovecha como transporte un carrito de mercado que ha quedado lejos de la entrada, corre y se abalanza sobre él, se reclina y sus-

pende sus pies en el aire, mientras avanza a toda velocidad y logra refrescarse con el viento en el rostro.

Chocó puños con Paco. Meses atrás su amigo lo había invitado a trabajar con él como buenos niños grandes. Ese día por fin le había hecho caso y tras presentarle a la cajera *sincuello* doña Delfina, Paco se despidió diciendo: "No te olvides de decirle al cliente que le vaya bien".

Miguelito vio cómo su amigo se apresuraba a disculparse con su respectivo cajero, que echaba humo por las orejas mientras metía con violencia leches, frutas, verduras y demás a las bolsas de plástico; los chicos no pudieron evitar esbozar una sonrisa cuando el cajero rompió una bolsa en la que iban barras de cereal integral y tuvo que ponerle doble bolsa a la mercancía restante para evitar repetir la vergüenza. Comenzaban a escucharse comentarios de disgusto de los clientes que hacían fila, pero Paco logró tranquilizarlos disculpándose también con ellos.

Sin dudarlo Miguelito trabajó esa misma tarde a fin de ver felices a sus cinco hermanas. Luego de atender tres señoras que perdían el tiempo buscando cambio en sus monederos para terminar pagando con *Benitos y Morelos,* dos jóvenes universitarios, cinco obreros, dos mujeres con ropa perfumada y un señor en traje, había acumulado nada más y nada menos que diecinueve pesos con treinta centavos.

El reloj de servicio al cliente marcaba las tres de la tarde. El pequeño llevaba ya una hora parado lamiendo sus dedos con frecuencia para despegar las bolsas más difíciles de abrir de todo México, empaquetando desde carnes hasta carnes y tortillas hasta artículos de higiene o juguetes, tan lento que después de media hora los clientes se habían cambiado de caja y doña Delfina, quitada de la pena, revisaba su Facebook con su aparato oculto en el teclado de la caja.

Miguelito se sentía muy presionado, empezaba a comprender porqué sólo los grandes trabajaban. Sólo pensaba en ir a casa, ver caricaturas y jugar a la pelota con su hermana mayor, pero tampoco quería decepcionar a su madre ni salirse de la escuela: perdería su recreo, dejaría de jugar con sus amigos y burlarse de las niñas bobas.

Cerró sus párpados por un momento y buscó todas las fuerzas que tenía en su interior para decidir qué hacer. Debía ayudar a su familia y lo lograría trabajando, pero se quedaría en la primaria; así que lo único que necesitaba era trabajar mejor.

El viene-viene lo regaña: "Para de jugar con los carritos, que son para los mandados de las señoras". Pero el viento es demasiado bueno para desperdiciarlo y Miguel, por el contrario, da más aviada a su auto Fórmula Uno y llega derrapando a las puertas

de cristal. Deja su mochila en paquetería, se pone su delantal azul que lleva impresa la estrella amarilla y saluda a su cajera. Después de una hora ha reunido setenta pesos.

Todo gracias al sistema de empaquetado, como él nombra a su invento. Para lograr una buena propina se necesita ser amable, silencioso y rápido, además de utilizar el método que orgulloso maquinó, que consiste en guardar las carnes frías en una bolsa, las verduras en otra, las especies y los dulces por separado y así, evitando mezclar las materias primas, como aprendió en ciencias naturales.

Un cliente llama su atención al llegar con dos bolsas de carbón, cinco paquetes de carne, cuchillos, una tabla de madera, un veinticuatro de cerveza, refrescos, papas, cebollitas y chicles. Le da un *Diego* a la cajera y le dice que se quede con el cambio, dado que lleva prisa, pero ella se niega por políticas de la empresa y el cliente decide dárselo a él, ¡a Miguelito!, con la condición de que demuestre sus habilidades de empaquetador eficiente. El chico asiente y sus manos guardan lo frío con frío, la comida con comida, el carbón con artículos y las verduras con verduras, tan rápido que el señor apenas había guardado el recibo en su cartera, hasta que los cuchillos lo tomaron por sorpresa: no tenían plástico protector y los había manchado de sangre.

La voz de Miguelito, suave como un corazón de cristal a punto de romperse, sólo pudo decir: —Disculpe señor, no me di cuenta.

POSTREROS

Somos los árboles que sobreviven. Ni la sequía ni la inundación, ni siquiera la lluvia ácida nos ha vencido. Después de décadas de ver a nuestros hermanos caer en el lodo por la mano del hombre para ser descuartizados y pegados como juguetes, para quitarles la piel y volverla blanca como la nieve, para dejar que los consumiera el fuego, para ver cómo los cortan y los vuelven a cortar hasta que caben perfectamente en una caja de útiles escolares.

Hemos preferido morir por la mano del viento que ser destrozados hasta el corazón. Siempre es mejor caer por obra de la madre tierra que como presa del gran depredador de la naturaleza. Hemos tratado de proteger a cuanto ser vivo podíamos, pero luego de un tiempo ni el hombre pudo encontrar alguno. Desaparecieron al igual que nuestros hermanos, despellejados, cortados, e incluso momificados en piezas.

Esta historia es una historia que no se puede relatar porque no hay a quién contársela y porque na-

die la creería cierta. La realidad de nuestra especie es que ante el calor del sol, aquél que en otro tiempo nos daba vida y energía ahora nos consume. Nuestro cuerpo necesita de la fotosíntesis para respirar y sin ella enfermamos hasta la muerte. Debo decir que esperaba el día en que pudiera finalizar esta vana existencia, ya que todo estaba perdido para lo que en realidad importaba en el mundo: la vida.

Pero los hombres también empezaron a debilitarse al destruir los pulmones del planeta. Al apagar la llama más diversa de la vida, firmaron su propio destino. Durante un tiempo dejaron de talarnos, más tarde comenzó a acercarse un grupo a nuestra pequeña y casi vacía tierra. Rogaron día y noche, sin comer ni dormir, murieron algunos pero los que se mantuvieron en pie nos prometieron una convivencia armónica, una restauración que nos beneficiara como especie, como seres vivos. Así que convencidos de las palabras en sus pequeños ojos hicieron un pacto con nosotros.

Nos han construido un cielo de cristal. Los que todavía conservan sus vestimentas, nos observan todos los días, platican con nosotros, e incluso nos revisan las raíces para comprobar que estemos sanos. En las noches, cuando ellos duermen, me imagino el mundo sin su existencia, más bien con su extinción. Cómo la madre naturaleza vio que se volvieron

egoístas y se creyeron dioses para hacer con el mundo lo que quisieran hasta castigarlos. Casi los reduce a cenizas con el fuego que no tocó árbol alguno pero que incendió hospitales, tiendas, hogares. No puedo concebir la idea de una naturaleza malévola. Si fueron creados por la madre tierra no pueden existir sin propósito alguno.

Un día trajeron al cielo —así llaman los hombres nuestra morada— a una niña tosiendo. Tosía tan fuerte que movió todas mis hojas. Sus ojos estaban cerrados y su cara se volvió color de mora. Trataba de no toser pero su garganta parecía responder a ese reflejo al respirar. Segundos después sus ojos se entreabrieron y me encontré con su mirada. Pude hallar en ese instante la flor que llevaba en su ser, al igual que los antiguos caballos y las antiguas fresas. La flor de la que todos nacíamos y conservábamos hasta que la muerte la marchitara.

Sorprendida dejó de toser y continuó viendo cómo acomodaba yo mis hojas y distraía la mirada en otro sitio. Al cabo de unos segundos su respiración se normalizó y cayó en un profundo sueño. En ese momento caí en cuenta de que los árboles somos lo único que puede salvar a los hombres. Somos su último suspiro.

Andrea Gissel Flores Montejano

PRONTO

La noche era oscura y fría, perfecta para Douglas. Observaba aquel árbol que estaba frente a su casa. Caminó hacia él y empezó a afilar sus garras contra la madera, dejando su marca y tirando diminutos pedazos al suelo. Con un pequeño salto, se aferró al tronco con sus cuatro patas y comenzó a trepar.

Al llegar a la primera rama se detuvo y reposó sobre ella. Dio una pequeña sonrisa al ver la distancia que había recorrido. Aunque en realidad no estaba a una gran altura, cualquier sensación de dejar el suelo lo hacía sentir feliz.

Continuó trepando, subiendo rama tras rama de aquel viejo árbol. Se hacía espacio entre las hojas para poder alcanzar el punto más alto. Al llegar, asomó la cabeza y contempló el manto negro que cubría todo a su alrededor. Las estrellas parpadeaban con su brillo iluminando todo lo que podían. Una ventisca helada sopló por su rostro, haciéndolo

sentir bienvenido. Nubes grises pasaban por el cielo sin rumbo alguno, haciendo que la luna se viera más blanca.

La luna; era lo que más le gustaba a Douglas. Todos los días, desde la primera vez que la vio, deseaba poder llegar hasta ella. Aunque después descubrió que moriría si lo hiciera… Como sea. Quería acercársele, sentir un viento aún más helado en sus escamas. Pero simplemente no podía y su madre siempre se lo recordaba.

—Douglas! ¡La sopa de *jackalope* está lista! ¡Baja a comer! —Hablando de madres… Bueno, ésta no era la suya, en realidad era su abuela.

Douglas miró una vez más la luna y obedeció la orden. Pero puso demasiado peso en una rama que terminó rompiéndola. Caía del árbol, rebotando y golpeándose con las otras ramas hasta llegar al suelo, su rostro siendo lo primero que entraba en contacto con la tierra.

—¡Oh, no, Douglas! ¿¡Te encuentras bien!? —le gritaba su abuela con preocupación, corriendo lo más rápido que podía hacia él, pues, como saben, está vieja—. ¿¡Estás herido!?

—No, abuela. Estoy bien —contestó intentando levantarse. Sintió de repente un dolor más fuerte, pues su abuela lo había golpeado en la cabeza con su bastón de madera.

—¡Chamaco tonto! ¡No me asustes de esa forma! ¡Mi corazón ya no soporta tanto!

Douglas planeaba contestarle hasta que vio cómo la lechuza de campanario de su abuela lo miraba. Esa ave, posada sobre uno de los cuernos de la vieja, nunca le había dado buena espina. Muchas veces ha intentado deshacerse de ese saco de plumas, pero su abuela siempre lo detenía, pues era el único animal no místico que no convertiría en sopa. Hablando de sopa…

Douglas escuchó su estómago gruñir. La dulce anciana le dio una pequeña sonrisa y ambos entraron a la casa a comer.

Douglas se sentó a la mesa y su abuela le sirvió un plato de sopa de *jackalope* caliente. Él preferiría comer la carne cruda y recién cazada, pero sabía que la viejita preparaba los más deliciosos caldos que podrían existir.

Mientras disfrutaba el aroma del vapor agradable, la lechuza lo sorprendió tomando a la fuerza uno de los trozos de carne que flotaban en la superficie líquida, volando hasta su pequeña casa para aves. Claro, Douglas se molestó, pero su abuela no vio nada, estaba ocupada sirviéndose su plato.

El cerebro emplumado desbarataba el pedazo de chicha con su pico mientras veía a Douglas con una expresión desafiante. Él sólo le sacó la lengua y…

—¡Douglas! ¡No seas grosero con el señor Pipa! —¡No me interrumpa, señora!

—Pero él… Es que yo… Pero… Oh, olvídalo —dijo Douglas.

A pesar de su enemistad con el querido señor Pipa, disfrutar la sopa en compañía de su abuela no fue un trabajo difícil para Douglas. Los tres comieron hasta llenarse que la lechuza ya ni siquiera cabía dentro de su casita.

Douglas fue a su habitación para dormir. La luna se podía ver desde su ventana. Se quedó un momento asomando su cabeza para contemplarla un poco más.

"Tan grande, tan blanca, tan brillante", se decía en su mente. "Tan cerca y tan lejos. Pero pronto, de alguna manera, podré estar cerca de ti".

Douglas se estiró mientras daba un gran bostezo, mostrando sus grandes y afilados colmillos. Unos cuantos rayos del sol ya comenzaban a verse por el horizonte.

Cerró la persiana y se dirigió a su cama para descansar. Ya acostado, dijo por última vez antes de soñar:

—Pronto.

SEMILLAS

No podía entenderlo, había sido la flor más viva de todas. Mi madre me la había dado antes de morir. En todo el tiempo que lloraba y sufría por su pérdida no se le había caído ningún pétalo. Pero después, que me había logrado recuperar y salir adelante, se estaba marchitando. No importaba cuánta agua o sol le diera, no paraba de morir. Una tarde que llegué a mi departamento, la vi agachada y sin color. En lugar de tirarla en ese momento, decidí sacarla en la mañana.

Desperté al día siguiente y, lo que antes había sido una flor, seguía en la maceta. Pero pude notar que alrededor de aquel tallo gris había otros más pequeños y verdes. Los regué con un poco de agua y los puse al lado de la ventana para que les llegaran los rayos del sol. Comprendí que la flor había muerto para dejarle espacio a sus semillas.

TALLADA EN MADERA

Todos los fines de semana iba al parque a caminar y siempre veía al mismo hombre trazando algo con su navaja en el tronco de un árbol. Comencé a identificarlo por su chaqueta de cuero y su cabello desarreglado, aunque nunca me acerqué a él y tampoco podía determinar qué figura era la que marcaba en la madera.

Otro fin de semana cualquiera, volví al parque como siempre, pero no logré divisar al hombre frente al árbol ni en ningún otro lado. No le di importancia en aquel momento, pues creí que sólo había enfermado o algo así. Pero semanas después tampoco volví a verlo.

Mi curiosidad despertó y me acerqué al tronco donde siempre clavaba su cuchillo. Para mi sorpresa, la figura que aquel hombre trataba de trazar cada semana era mi rostro. No sabía cómo o por qué, pues realmente nunca nos vimos cara a cara.

Un día, por el trabajo de mi padre, mi familia se mudó a otra ciudad. Cuando caminaba por las calles de la pequeña urbe, no podían creer mis ojos. El mismo hombre con la misma chaqueta de cuero y cabello desarreglado, se encontraba frente a un árbol en un pequeño parque, dibujando otra figura en la madera con su navaja.

Mi curiosidad despertó de nuevo y me acerqué a él. Al principio me miró asustado, como si fuera un fantasma. Después me explicó que me había visto por vez primera en un sueño.

SÉ DÓNDE VIVES

Miro mi reloj y son las once y cacho. ¿Por qué tarda tanto? Acordamos vernos en la cafetería a las diez. Llevo aquí sentado desde esa hora. Ya me tomé tres cafés y comí dos rosquillas. Empiezo a desesperarme.

—¿Qué onda, Frank? Lamento la tardanza. Había mucho tráfico.

Al fin llega Larry. Se sienta en una de las sillas de la mesa y lee el menú. Llama a la camarera y pide un café. Yo lo observo con mi cara irritada por esperar tanto tiempo.

—¿Qué sucede? —me pregunta—. Ya estoy aquí.

—Pero tarde —contesto—. Sabes que soy un hombre de negocios. La puntualidad es muy importante para mí.

—¡Había un embotellamiento! ¿Qué querías que hiciera? No puedo volverme helicóptero.

—¿Trajiste lo que te pedí?

—Dame un segundo —Larry comienza a buscar el paquete en su mochila. Poco tiempo después se

detiene y me mira con preocupación—. No lo tengo.

—¿¡Qué!? ¿¡Lo olvidaste!? —me molesto.

—¡Te juro que lo había metido en la mochila! ¡Revisé ayer en la tarde y hoy en la mañana! ¡Lo tenía aquí dentro!

—¿Y simplemente se esfumó así de la nada? —me molesto aún más—. Estás en problemas, Larry. Si mi jefe no tiene ese paquete para esta noche me matará, y yo te mataré antes a ti —me levanto de la mesa dejando un billete para pagar lo que debo—. Búscalo y llévalo a mi oficina antes de las veinte horas. Recuerda: sé dónde vives.

EL BIPLANO

—Miau.

—¡Calla, Moisés! —dijo Edith a su gato negro—. Estoy ocupada.

Era otro de esos días soleados. Por estar en lo alto de una montaña, el viento era refrescante. Pero dentro del enorme granero de madera el calor abundaba, sobre todo por el trabajo de intentar reparar el biplano.

Durante varias semanas, Edith se había roto la espalda reconstruyendo y arreglando el grande y oxidado pedazo de metal. Quería que funcionara de nuevo para poder ir a los cielos y disfrutar de una hermosa vista. Pero parecía imposible, pues la chatarra con alas no lograba ponerse en marcha.

—¡Bien! Creo que ya está —dijo por tercera vez en el día—. Vamos a probarlo.

Edith subió al asiento del piloto y encendió el vehículo. ¡Quién lo diría! El motor comenzó a funcionar. Moisés veía desde el escritorio la sonrisa plasmada en el rostro de Edith. No duró mucho tiempo, pues la maqui-

naria comenzó a tronar y la hélice dejó de girar. El biplano se apagó sólo, pero el motor lanzaba humo negro.

Tosiendo, Edith salió del granero con el gato a su lado.

—Demonios —murmuró. Por suerte las puertas estaban abiertas y dejaban al humo escapar.

Edith volteó a la casa y vio que Esmeralda se aproximaba corriendo.

—Demonios —murmuró de nuevo.

—¡Dios mío! ¿¡Te encuentras bien!? —preguntó Esmeralda preocupada—. ¿¡Qué pasó!?

—El biplano —contestó Edith.

—¿Otra vez ese avión? ¿Por qué no mejor te deshaces de él y compras uno nuevo? Es más barato que intentar repararlo todos los días —dijo mientras limpiaba las cenizas en la mejilla de Edith con un pañuelo.

—¿¡Qué!? ¡No! ¡Puedo arreglarlo!

—Eres terca. Pero determinada.

—Miau —Esmeralda levantó a Moisés y empezó a acariciar su lomo. Edith terminó de limpiar su rostro con el pañuelo.

—¿Ya viste el cielo? El viento creó lindos cirros —comentó Esmeralda, volteando hacia arriba.

—Sí —respondió Edith haciendo lo mismo—. Y, algún día, podré llevarte a volar cerca de ellos.

—Tal vez. Pero no en esa cosa —agregó señalando el biplano.

GOL

Hoy era un gran día para Sofía, pues iba a participar en las pruebas para entrar en el equipo de fútbol femenil de la escuela. Lo único malo es que Alexa también iba a intentarlo.

En todas las clases de Educación Física o cuando jugaban cascaritas entre compañeros, a Alexa le tocaba ser la portera del equipo contrario. No paraba todos los goles, pero sí la mayoría, sobre todo los de Sofía.

A pesar de que ambas tratarían de entrar en el mismo equipo, Sofía sentía gran molestia con tan sólo pensar en jugar al lado de Alexa.

Ya terminadas las pruebas, Sofía quedó como delantera y Alexa como portera. Todo el equipo se quedó un rato más para practicar, aprender los horarios y conocer los métodos del entrenador.

A la hora de irse a casa, Sofía fue a los casilleros por sus cosas, pero había olvidado su balón en el campo. Cuando fue a buscarlo, vio que Alexa lo te-

nía. Planeaba reclamarle hasta que observó cómo lo conducía por el campo y repetía en voz alta sus movimientos, como si estuviera esquivando a otros jugadores.

—Y Rodríguez hace una finta y tira y ¡gol! —gritó Alexa con alegría al anotar y burlar todos sus adversarios imaginarios.

—Nunca te había visto jugar así —dijo Sofía sorprendiéndola por la espalda.

—Siempre me ponen de portera —contestó—. Además, todo el equipo se va después de las prácticas y en mi casa mis padres no tienen tiempo.

—Bueno —Sofía tomó el balón de la portería y lo posicionó a sus pies—. ¿Qué tal una cascarita? —Alexa sonrió y aceptó la oferta.

Se pasaban la pelota, se la robaban, se hacían fintas y se anotaban goles. Reían y se divertían hasta que atardeció. Cada quién se fue por su lado para volver a casa, prometiéndose volver a jugar así algún otro día.

Parecía, después de todo, que Sofía y Alexa se volvían grandes amigas.

MAKAYLA

—¿Oyes eso, Yággar? —preguntó Makayla a su falthera, quien comenzó a mover sus orejas emplumadas, pero lo único que llegaba a escuchar era el viento. En cambio, Makayla percibía unas campanas que sonaban al ritmo de una dulce melodía—. La cueva debe estar cerca.

Sin dudar, Yággar siguió las órdenes de su jinete volando hacía la dirección que se le indicaba. Entrecerrando sus ojos para evitar que la nieve entrara en ellos, Makayla logró divisar un orificio oscuro entre la roca y la nieve. Poniendo más atención a las campanas, identificó que el sonido provenía de ahí.

—¡La encontramos! —exclamó de alegría. El falthera aterrizó justo enfrente de la entrada. Makayla desmontó y encendió una antorcha para aventurarse en la cueva—. Espera aquí, Yággar.

* * *

Makayla abrió lentamente la vieja puerta de madera. Lo único que iluminaba la fría habitación era una vela blanca sobre una mesa de noche que estaba al lado de la cama. Se podía notar cómo las cobijas subían y bajaban al ritmo de la respiración de su abuela.

—¿Mayra? ¿Eres tú? —preguntó la anciana débilmente.

—Ella está ocupada con su tarea, abuela —contestó Makayla mientras se acercaba a la cama con una bandeja en las manos.

—¿Makayla?

—Traigo tu medicina.

La viejita se sentó con dificultad en la cama mientras Makayla dejaba la bandeja sobre la mesa de noche. Le dio un vaso de agua y las pastillas que debía tomar.

—¿Cómo está el día hoy? —preguntó la abuela antes de beber.

—Nublado, como siempre. La nieve está cayendo más fuerte. Supongo que habrá tormenta.

—No solía ser así. Antes la...

—... la luna brillaba en lo más alto del cielo, iluminando cada rincón en el pueblo —la interrumpió Makayla—. Gracias a ella los sueños eran más hermosos y la vida más tranquila.

—¿Realmente no crees que la luna existió?

—Desde pequeña me has contado esas historias, abuela. Pero nuestro hogar ha estado rodeado de nieve durante siglos.

—Ya veo —la anciana le dio el vaso ahora vacío a Makayla—. ¿Dónde está tu hermano?

—Abajo con Eyquel. Están cerrando la taberna.

—Bien. Quisiera decirte un secreto. En el armario hay una caja. ¿Puedes traérmela?

Makayla dejó el vaso en la bandeja y caminó hacia el armario. Sacó de él una caja cubierta de polvo. Le quitó un poco y volvió con su abuela. Se la entregó y se sentó en la orilla de la cama para escuchar lo que le iba a decir.

—Aquí dentro hay algo muy importante. Ha pasado por generaciones en nuestra familia, aunque no todos nuestros miembros lo han sabido —la abuela abrió la caja. Adentro había una especie de cristal—. Esto, Makayla, permitirá que la Luna vuelva a salir.

—¿Un trozo de vidrio?

—Eso es lo que parece. Verás, hace siglos, cuando la luna dejó de brillar, fue porque este cristal había sido robado de la Cueva Lunar. Por suerte, uno de nuestros antepasados logró arrebatarlo de las manos de aquel rufián que se atrevió a ocultar la luna. Trató de hallar la cueva para volver a colocar el cristal donde debía ir, pero no pudo encontrarla. Entonces, en su lecho de muerte, le dio el cristal a su hijo, para que

intentará traer la luna de regreso. Como podrás ver, tampoco lo logró. Así pasó el tiempo, generación tras generación, hasta que mi padre me lo dio a mí. Traté también de hallar la cueva, pero no lo logré. Ahora te lo doy a ti, para que termines lo que nosotros no pudimos.

Makayla miró confusamente adentro de la caja y preguntó:

—¿Estás segura de que realmente funciona, abuela?

—Lo único que hay que hacer es encontrar la Cueva Lunar —dijo la anciana acercándole la caja. Makayla tomó el cristal cuidadosamente y lo examinó—. Se encuentra en alguna parte de la Montaña del Norte.

—Claro, como si fuese tan sencillo.

—Sólo escucha la melodía más dulce y síguela. Estoy segura de que tú sí lograrás oírla.

* * *

Se oía cómo las gotas caían de las estalactitas. El piso estaba húmedo y lleno de charcos de agua. La antorcha no iluminaba mucho, pero se podían notar cristales incrustados en las paredes. El campaneo todavía se escuchaba, diciéndole que siguiera adelante.

Makayla resbaló con el piso mojado y cayó en uno de los charcos. El fuego de la antorcha se apagó y la cueva volvió a quedar oscura.

* * *

—No —dijo Mayari mientras limpiaba uno de los tarros de cerveza.

—Pero, hermano, es la única forma de traer a la luna de regreso —Makayla, sentada sobre uno de los bancos viejos del otro lado de la barra de madera, intentaba convencerlo.

—La Luna es sólo un mito, Makayla.

—Tu hermano tiene razón —intervino Eyquel—. Además, ¿cómo planeas hacer que vuelva encontrando una cueva que tampoco existe?

Antes de contestar, Makayla volteó a ver a su alrededor. Ya habían cerrado la taberna y no había nadie más que ellos tres adentro. Pero de todas formas quería procurar que ninguna otra persona escuchara lo que iba a decir.

—La abuela me dio este cristal —dijo sacándolo de su bolsa—. Dice que si lo llevo a la Cueva Lunar lograré hacer que la tormenta se detenga y la luna vuelva a brillar.

—Interesante —dijo Eyquel observando el objeto en las manos de Makayla.

—Sabes que la abuela está enferma y mal de la cabeza. Debe ser un trozo de azulejo roto.

—Pero…

—¡No, Makayla! —gritó Mayari interrumpiendo a su hermana—. No me interesa nada de lo que la

abuela haya dicho. No irás a ninguna montaña a buscar ninguna cueva.

—Hazle caso a tu hermano, Makayla —intervino Eyquel—. Es muy peligroso estar afuera de los territorios del pueblo.

* * *

Los cristales en las paredes de la cueva comenzaron a brillar en diferentes tonos de azul. Las campanas seguían tocando la dulce melodía. Makayla se levantó y miró a su alrededor, sorprendida por tanta belleza.

Pero entre todo ese brillo, había un espacio vacío. Con cuidado, Makayla se dirigió a él. Sacó de su bolsa el cristal que su abuela le había dado. Dudó un poco al principio, pero lo colocó donde pertenecía. Al instante comenzó a brillar, pero Makayla empezó a sentir un dolor de cabeza.

* * *

Sacudiendo la nieve de su abrigo, Makayla entró al establo que se encontraba en el patio trasero de la taberna. Despertó a su falthera, acariciándole la cabeza.

—Vamos, Yággar, tenemos que ir a buscar la Cueva Lunar. Es la única forma de acabar con el invierno eterno.

Yággar estiró sus patas y alas, lanzó un gran bostezo abriendo su enorme pico afilado y volvió a acostarse sobre su cama de paja.

—¡Yággar! ¡No hay tiempo para esto! ¡Tenemos que irnos ahora!

—¿Ir a dónde, hermana?

Al reconocer la voz de la invasora, Makayla volteó a verla con extrañeza.

—¿Mayra? ¿Qué haces despierta a estas horas?

—Te vi salir de la taberna. ¿A dónde vas?

Makayla pensó por un minuto, luego contestó: —¿Recuerdas las historias que la abuela contaba sobre la Luna? —Mayra asintió con la cabeza—. Bueno, planeo hacer que esas historias se vuelvan realidad.

—¿Cómo? —preguntó Mayra confundida.

—Con esto —respondió Makayla sacando el cristal de su bolsa.

—¿Un trozo de vidrio?

—Eh… no. Es un cristal mágico. Tengo que buscar una cueva escondida en algún lugar de la Montaña del Norte para que la Luna pueda volver a salir.

—Oh. Pero, ¿no es eso peligroso?

—Tal vez lo sea, aunque no importa. Sé que puedo lograrlo. ¿No quieres ver la Luna?

—Sí, pero tampoco quiero que te pase nada malo.

—No te preocupes —Makayla se hincó y le dio un abrazo a su hermana—. Estaré bien.

* * *

La tormenta se había calmado un poco pero la nieve seguía cayendo. Makayla dormía en el interior de su tienda con Yággar a su lado.

Sigilosamente y sin avisar, una persona con una linterna tenue en la mano entró a la casa de campaña. Con la pequeña luz que tenía, examinó el interior. Procurando que Makayla y Yággar siguieran dormidos, se acercó cautelosamente a la bolsa que se encontraba al lado de ellos. Metió su mano y sacó con sus dedos fríos el cristal de la Luna. Antes de que pudiera retirarse, Yággar había despertado. Al ver al intruso, se levantó inmediatamente lanzando un chillido de amenaza y despertando a Makayla.

El sujeto comenzó a huir y Yággar lo persiguió hasta afuera de la tienda. Cuando lo alcanzó, le dio un zarpazo con sus garras que lo hizo caer. Con un último golpe de su pico afilado, lo dejó sangrando en el suelo.

Makayla salió detrás de ellos y, al ver la escena, quedó horrorizada, pues ante sus ojos se encontraba Eyquel.

* * *

La luna brillaba en lo más alto, iluminando cada rincón posible. Unos de los rayos de luz entraron por el túnel hacia la cueva. Cuando Makayla los recibió, su

cuerpo comenzó a cambiar: sus dientes se transformaron en colmillos y sus dedos en garras afiladas. Sus orejas se volvieron puntiagudas y su nariz y boca se alargaron. Comenzó a caminar en cuatro patas y le salió un pelaje negro por todo el cuerpo.

* * *

Cuando la Luna volvió a salir, la nieve en el pueblo comenzó a derretirse. Sin embargo, los habitantes ya no eran los mismos, pues sus cuerpos también habían cambiado: de ser hombres y mujeres de dos piernas, se transformaron en creaturas de pelajes oscuros y cuatro patas que aullaban a la luna, pues ésta los necesitaba para seguir brillando.

* * *

Makayla se agachó para tomar el cristal que Eyquel tenía en su mano fría, pero él la agarró de repente de la muñeca.

—Makayla… —decía Eyquel con su último aliento—. No devuelvas el cristal. La luna es una maldición.

ACERCA DE LOS AUTORES

Juan Manuel Reyes Manzo

La Paz, Baja California Sur, 1980. Licenciado en Administración de Empresas por el Cetys campus Mexicali y ganador, en 2009, del primer premio en la categoría de jóvenes creadores, género de poesía, del concurso literario de la Fundación Pedro F. Pérez y Ramírez. Ha participado en lecturas colectivas en cafés y centros culturales y educativos, coordinando el grupo de poesía El Albergue de la Estrofa. Su obra ha sido publicada en las revistas y los espacios editoriales *Círculo de Poesía, Acequias, Estepa del Nazas, Letras en rebeldía, Yubai, Solar,* revista del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Mexicali, *Adynaton* y *Arquetipos,* estas dos últimas auspiciadas por el Cetys.

Carlos Rodríguez Delgadillo

Mexicali, Baja California, 1988. Licenciado en Derecho por el Cetys campus Mexicali. Su trabajo "Los calendarios de Candelario" ganó en 2011 el Certamen Literario Pedro F. Pérez y Ramírez (Peritus) en el género de narrativa histórica, categoría jóvenes. Fue acreedor en el género de poesía de la beca literaria del Festival Interfaz Noroeste 2015, organizado por el issste y la Universidad Autónoma de Sinaloa. Ha colaborado en medios digitales e impresos dedicados a la literatura, el arte y la cultura, entre los que destacan *La trajinera, Solar,* revista del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Mexicali, y *Arquetipos* y *Adynaton,* ambos del Cetys.

Héctor Sánchez Gómez

Guadalajara, Jalisco, 1989. Licenciado en Derecho por el Cetys campus Mexicali. Ganador del v Certamen Literario de la Fundación Pedro F. Pérez y Ramírez en la categoría de poesía joven, y segundo lugar del iv Certamen Poético del Vino organizado por la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco. Ha publicado en las revistas *Arquetipos* y *Adynaton,* ambas del Cetys, y en *Solar,* revista del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Mexicali. Igualmente, ha participado en lecturas colectivas en cafés y centros culturales y educativos de esa ciudad.

Francisco Márquez Cervantes

Mexicali, Baja California, 1990. Maestro en Ciencias de la Ingeniería Aeroespacial por el Cetys campus Mexicali, donde cursó la licenciatura en Ingeniería Mecatrónica. Ha publicado en la revista literaria *Adynaton*, editada por el Círculo de Letras del Cetys del que forma parte. Entre sus autores literarios favoritos se encuentran Trudi Canavan y J. K. Rowling, ya que su género favorito es el de la fantasía. Además de su entusiasmo por la tecnología, disfruta del cine, bailar salsa, jugar ajedrez, las novelas gráficas y los videojuegos, en especial *The Legend of Zelda.*

Adriana Pérez Valdez

Mexicali, Baja California, 1991. Licenciada en Administración de Empresas por el Cetys campus Mexicali. Ganadora del vii Certamen Literario Pedro F. Pérez y Ramírez en la categoría de poesía joven. Participante, en 2012, del curso de creación literaria para jóvenes organizado por la Fundación para las Letras Mexicanas y la Universidad Veracruzana. Becaria del Festival Interfaz Noroeste 2014 organizado por el issste y la Universidad Autónoma de Sinaloa. Textos suyos han aparecido en medios digitales e impresos, entre los que destacan *Adynaton, doz, Para Enterarte* (paraenterarte.com) y *La Voz de la Frontera.* Dice que le gustan los videojuegos por intereses románticos.

Jorge Humberto Tapia Molina

Culiacán, Sinaloa, 1994. Es alumno del Cetys campus Tijuana en la carrera de Ingeniería en Diseño Gráfico Digital. Sus intereses culturales varían desde la literatura —inspirado por au-

tores como Emily Brontë y Rick Riordan— hasta la pintura —enfocado en la técnica de acuarela— y el dibujo. Aspira a mostrar su personalidad en su labor artística.

Tana Cordelia García Robles
Tijuana, Baja California, 1995. Estudia la carrera de Ingeniería en Diseño Gráfico Digital en el Cetys campus Tijuana. En 2003 publicó un libro de poesía del que prefiere olvidar el nombre. Ganadora por Baja California del xii Concurso de Cuento "La juventud y la mar", y becaria desde 2010 del programa Talentos Artísticos de Baja California en la disciplina de artes plásticas. Pasa las horas leyendo, dibujando, escribiendo, y viendo series de televisión acerca de las cuales pasa horas leyendo, dibujando y escribiendo.

Samantha Pantoja Ortiz
Ciudad de México, 1995. Estudia la carrera de Ingeniería en Diseño Gráfico Digital en el Cetys campus Mexicali. Descubrió la lectura en la infancia gracias a sus padres y la escritura en la secundaria por cuenta del profesor Carlos Alberto Gutiérrez Aguilar, quien la invitó a participar en una convocatoria por una beca en literatura que mantuvo como estudiante a lo largo de tres años. Es fotógrafa, diseñadora, escritora, cinéfila, melómana y luchadora social en su tiempo libre.

Andrea Gissel Flores Montejano
San Luis Río Colorado, Sonora, 1998. Cursa el segundo semestre de preparatoria en el Cetys campus Mexicali. Siempre ha querido encontrar la manera de comunicar a las personas las historias que se le ocurren de una forma que puedan entretenerlas y divertirlas. Fue hasta que leyó *Colmillo blanco* de Jack London y *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry cuando se dio cuenta de que la escritura era un medio adecuado para presentar sus relatos, pues también tratan de aventuras, imaginación y el valor de la felicidad.

EDITORIAL CETYS

Presentando a

Juan Manuel Reyes Manzo

Carlos Rodríguez Delgadillo

Héctor Sánchez Gómez

Francisco Márquez Cervantes

Adriana Pérez Valdez

Jorge Humberto Tapia Molina

Tana Cordelia García Robles

Samantha Pantoja Ortiz

Andrea Gissel Flores Montejano

CETYS UNIVERSIDAD

Ilustración de portada: Cordelia Robles.